



TEJA

TRIBUNAL FEDERAL
DE JUSTICIA ADMINISTRATIVA

COMPARTE UNA HISTORIA

Relatos y testimonios

Relatos y testimonios
Relatos y testimonios
Relatos y testimonios
Relatos y testimonios



Centro de Estudios
Superiores en materia
de Derecho Fiscal
y Administrativo



Comisión Para la Igualdad de Género



TFJA

TRIBUNAL FEDERAL
DE JUSTICIA ADMINISTRATIVA

Mag. Carlos Chaurand Arzate

Presidente

Tribunal Federal de Justicia Administrativa

JUNTA DE GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN

Mag. Carlos Chaurand Arzate

Mag. Juan Ángel Chávez Ramírez

Mag. Julián Alfonso Olivas Ugalde

Mag. Adalberto Gaspar Salgado Borrego

Mag. María del Consuelo Arce Rodea

COMISIÓN PARA LA IGUALDAD DE GÉNERO

Mag. Magda Zulema Mosri Gutiérrez

Presidenta

Lic. Coatlicue Nieto Pérez

Secretaria Técnica

CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES
EN MATERIA DE DERECHO FISCAL Y ADMINISTRATIVO

Dr. Guillermo A. Tenorio Cueto

Director General

Lic. Mauricio Estrada Avilés
Subdirector Académico

Lic. Alejandra Abril Mondragón Contreras
Jefa de Departamento

LDG Dulce María Castro Robelo
Jefa de Departamento de Diseño

Lic. Diana Karen Mendoza García
Técnico Administrativo

C. María de los Ángeles González González
Secretaria

2017

Publicación editada por el Tribunal Federal de Justicia Administrativa con domicilio en Insurgentes Sur 881, Torre "O", Col. Nápoles, Del. Benito Juárez, C. P. 03810, Ciudad de México, www.tfja.mx.

Se prohíbe la reproducción parcial o total, la comunicación pública y distribución de los contenidos y/o imágenes de la publicación, incluyendo almacenamiento electrónico, temporal o permanente, sin previa autorización que por escrito expida el Tribunal Federal de Justicia Administrativa.

ÍNDICE

Aamaal y Noor	5
<i>Tracy Amairanni PENAGOS GARCÍA</i>	
Aprendiendo a volar	11
<i>Niña Luna</i>	
Cuentos cortos	15
<i>Carlos Eduardo MATA LOMELÍ</i>	
El único inconveniente	25
<i>Anónimo</i>	
Historia real	31
<i>María Isabel GÓMEZ MÚÑOZ</i>	
Historias	37
<i>Galoberto</i>	
La muñeca fea	43
<i>Malinali</i>	
La venta de María	55
<i>José Ramón JIMÉNEZ GUTIÉRREZ</i>	
La victoria de Victoria	67
<i>Silvia IGLESIAS ENTOTE</i>	
La vida de Samantha	73
<i>Ashtabay KIRINA</i>	
Relatos sobre discriminación	85
<i>Julieta del Carmen CASTRO FIGUEROA</i>	
Un grito en el silencio	91
<i>Anónimo</i>	
Una historia sin fin	97
<i>Anónimo</i>	



Admaal y Noor

Autora: Tracy Amairanni PENAGOS GARCÍA

Aamaal creció en un ambiente donde la violencia hacia la mujer era vista de manera normal. En su entorno familiar era costumbre que su madre fuera golpeada por su padre e incluso por su hermano sin razón. Los motivos para ello se ajustaban al humor con el que llegaban a casa aquellos que descargaban su ira, valiéndose de artimañas contra esa débil mujer llamada Noor, quien siempre se creía culpable y merecer todo lo que estos bárbaros le hacían.

Noor odiaba que la noche llegara, cual si fuera una niña temiendo por fantasmas, pues traía consigo a los depredadores que la apalearían física y psicológicamente. Su hijo y esposo abusaban cruelmente de su fuerza para someterla, subyugarla, humillarla y expulsar de su ser la escasa dignidad que aún conservaba.

Por las tardes, Noor se dedicaba al hogar para que estuviera en perfectas condiciones, ya que si su marido llegaba y por omisión, cansancio o enfermedad los trastes estuvieran sin lavar, la ropa sin planchar o no tenía preparada la cena, eran motivos suficientes para golpearla. Ella no tenía derecho a enfermarse, porque incluso herida debía atender la casa y a su familia. Noor llegó al hospital en diversas ocasiones por traumatismo en huesos o quemaduras de tercer grado.

Por si fuera poco, Aamaal fue producto de una violación; Noor estaba dormida cuando un día su marido llegó alcoholizado y la violó. No obstante que se resistió, gritando mientras por su rostro rodaban incontables lágrimas, ingenuamente creía que dentro del matrimonio el hombre podía hacer de la mujer

lo que deseara, aun contra su voluntad. Odiaba a la persona en que se había convertido, sin embargo, continuó guardando silencio.

Cuando llegó el día del nacimiento de Aamaal, Noor no pudo contener la emoción al ver que se trataba de una niña y no de un niño, que a futuro podría convertirse en un sanguinario más al interior de su familia; esto fue su razón de vivir.

Pasaron los años, su pequeña bebé creció y alcanzó la adolescencia. Un día, como otros tantos de peleas, discusiones, golpes, prohibiciones y vejaciones, Aamaal discutió con su padre al llegar tarde debido a un trabajo escolar. A él no le importó y la golpeó sin escuchar razones, hasta tirarla al piso. Una de las patadas que le propinó estando en el suelo le fracturó la costilla izquierda y le provocó dificultad para respirar. Lo único que detuvo esa agresión fue la presencia de un vecino, que intercedió por ella.

En camino al hospital, Noor no podía contener el llanto, la culpa y el dolor de ver a su hija herida, pero ese sufrimiento le permitió encontrar una fuerza interior que no conocía; recordó que, antes del nacimiento de Aamaal, pensaba que había perdido todo.

Al llegar al hospital habló con el médico, con una voz cortada por el llanto y el coraje, le pidió ayuda para sacar a su hija de la tortura en la que vivía. El doctor le sugirió interponer una denuncia, pero ella no quería más problemas, solo le imploró que trasladara a su hija a la ciudad para ser atendida y, una vez sana, escapara.

Al siguiente día, Noor empacó la ropa de Aamaal, y la llevó al hospital a escondidas; madre e hija, sumergidas en llanto ante la incertidumbre de no saber cuándo volverían a verse, en un abrazo que fue todo y nada, se despidieron.

Resulta increíble que, al pasar los años, la discriminación solo se transforme y persista aun cuando los derechos de la mujer han sido reconocidos; incluso en países del primer mundo, en los que la ignorancia debiera ser casi nula y la igualdad entre mujeres y hombres, niñas y niños, debiera ser primordial, todavía se siguen vulnerando. Sin embargo, la lucha de las mujeres por una igualdad verdaderamente ejercida y no únicamente de palabra, para contar con los mismos derechos, ha sido una lucha improporcionable e incansable; simplemente, una pugna por eliminar la violencia que aqueja a miles de ellas a través del mundo. Aquellos que silencian la voz de la mujer, temen a la grandeza que ella alberga.



Aprendiendo a volar

Autora: Niña Luna

Una vez leí en un libro: "si creces con una imagen de ti mismo totalmente negativa, pensando que no eres más que un marginado, un salvaje que nadie puede querer, crees que mereces que te peguen". Después de leer esta cita, entendí que muchas veces he llegado a sentirme así en mi vida. La gente a mi alrededor no necesitaba dañarme físicamente; sus palabras eran suficientes para que yo, poco a poco, creara la idea en mi subconsciente de que no merecía ser amada.

Las bases de la personalidad se van desarrollando conforme crecemos y yo, desde muy pequeña, fui haciéndome a la idea de que las cosas buenas no eran para mí. ¿Cómo era esto posible? ¿Cómo una niña puede creer tal cosa? Es fácil, cuando pierdes a tus padres en la niñez. Es aún más sencillo cuando la persona a quien en adelante llamaría "madre", te dice que fuiste un error, que no debiste nacer y que debido a tu comportamiento perdiste a tus seres amados. Todo era culpa mía.

En otro libro leí que las abuelas eran dulces y amorosas, las personas más amables cuando tienen nietos y que suelen protegerlos más que a sus propios hijos. Para mala fortuna, esto no fue cierto en mi vida. Tuve una abuela demasiado estricta y poco expresiva; en realidad nada amorosa, con un amplio vocabulario para enunciar todo lo malo que yo era. A diario, se encargaba de decirme que jamás llegaría lejos en mi vida, y que si lograba hacerlo, seguramente porque lo obtendría de mala manera.

Tenía que hacer los deberes de la casa desde temprano, mucho antes de irme a la escuela, de lo contrario, salir de la casa me estaba prohibido. Debía lavar los platos, aunque yo no comiera, porque era mi responsabilidad, así como atender a mi hermano en lo que se le ofreciera, porque "era mujer y para eso había sido hecha". La forma de pensar de mi abuela no era algo que me sorprendiera, ya que la habían educado bajo esta creencia. Ahora son tiempos modernos y no todos, en el mundo, piensan de esta manera; aunque, bueno, muchas veces el mundo de una persona se reduce a lo que le rodea.

En suma, vivir en un lugar donde no había amor ni respeto no era algo que me gustara, pero al final nada podía hacer, ya que al ser ella mi tutora y yo menor de edad, no tenía otra opción más que soportar sus malos tratos y palabras, por lo menos hasta que cumpliera dieciocho años. Fue justo unos meses antes de celebrarlos, que conseguí "mi libertad". Qué raro ocupar este término en un país donde no hay esclavitud. Ahora sé que hay muchas personas con cadenas invisibles, así como las que yo tenía.

Pero cuando naciste para volar, no hay jaula que pueda detener tu vuelo y es así que, después de trabajar desde los quince años, logré juntar lo necesario para dejar ese lugar y tener uno propio; ese que yo tanto anhelaba, donde gozara de paz y en el cual seguir creciendo sin ninguna limitante, puesto que ya sabía de lo que era capaz y todo lo que podía crear.

Hoy en día, aún existen "monstruos" en mi vida. Suelen aparecerse para decirme que no soy apta para cierto puesto, siendo que realizo las funciones que se requieren para el mismo desde hace tiempo, y que estoy loca si creo que conseguiré algún otro sueño. Pero estos monstruos no saben de lo que soy capaz y, como lo hice en el pasado, lograré aquello que tanto deseo, aunque tarde un poco, porque esta hermosa ave jamás dejará de volar.



Cuentos cortos

Autor: Carlos Eduardo MATA LOMELÍ

La mujer es libre para decidir si lleva a cabo una acción o no. En ocasiones se ejerce presión de índole social por el grupo de personas que la rodean para que realice actos que puedan incomodarla física y psicológicamente, como son tocamientos, roces o que efectúe movimientos corporales que la convierten en un objeto. Estas coerciones también pueden verse influenciadas por elementos externos como son, a guisa de ejemplo, videos musicales o representaciones en vivo de artistas; en los que se muestran letras que denigran a la mujer o debe complacer al hombre, por ser un instrumento sexual, a través de bailes en los que pareciera que la mujer se entrega a los deseos del varón.

Bajo esa presión social hay mujeres que se sienten forzadas a actuar de cierto modo con el fin de no sentir rechazo del grupo al que pertenecen, sin considerar que es libre de decidir y expresar si se siente cómoda o agredida. Por otra parte, si una mujer permite ciertas prácticas, no significa que otra también lo haga. Cada una es independiente en sus decisiones, actos y sentimientos. Ningún hombre u otra mujer deben ejercer violencia sobre ella.

El baile

Clara estaba en una fiesta con Angélica, Verónica y Araceli, quien iba a formar parte de un intercambio académico, así que invitó a mucha gente para despedirla. Casi todos los asistentes habían llevado bebidas, por lo que el alcohol no

escaseaba, el volumen de la música era alto, pero les permitía platicar aunque con dificultad.

A Clara muchos le resultaban desconocidos, pero entre la multitud notó que Enrique se acercaba con otro chico, quien desde hace rato no había dejado de mirarla.

–¡Hola, qué guapas se ven hoy! Él es mi amigo Pedro –dijo Enrique mientras saludaba a Clara.

–¿Bailamos? –preguntó Pedro a Clara al tiempo que ella extendía su mano para saludarlo.

–No sé –le contestó–, tal vez al rato –continuó Clara al sentir la mirada de Pedro, que la recorría vorazmente, de arriba hacia abajo.

–¡Anda, vamos! Si no sabes yo te enseño –insistió Pedro mientras la tomaba de la mano y atraía hacia el sitio donde la gente bailaba.

–Mejor al rato, esa música no me gusta para bailar –replicó ella avergonzada y forcejando un poco para que la soltara, lo que provocó que se derramara un poco de tequila de su vaso.

–¡Cuidado, por poco me mojas! ¿Ya andas borracha o qué? –exclamó Verónica.

Clara volteó hacia sus amigas, esperando apoyo ante esa insistencia, pero observó cómo ellas y Enrique la veían, como si estuviera haciendo el ridículo.

–Ándale, ve a bailar, no seas ranchera –dijo Enrique.

Clara, apenada, simplemente se dejó llevar hacia la improvisada pista.

–¿Entonces qué, si sabes bailar de estas o quieres que te enseñe? –le preguntó Pedro acercándose a ella.

–El reguetón no es lo mío –replicó Clara.

Enrique y Angélica se acercaron a ellos.

–¡Vamos a "perrear"! –gritó Angélica después de que tomara las últimas gotas de su vaso.

En el acto, Enrique tomó a Angélica por la cintura, acercando sus caderas a las de ella.

–¡Mira, ella sí sabe menearse! –dijo Pedro a Clara.

–¡Muévelas! –instó Angélica a Clara, al tiempo que también le propinaba una palmada en los glúteos.

Al ver esto, Enrique se puso detrás de Angélica, la tomó por la cintura y la jaló aún más hacia él; ella se inclinó y movía, restregándose en la pelvis de Enrique al compás de la música.

La gente comenzó a abrirse un poco en la pista; chicos y chicas gritaban, y festejaban los movimientos de Enrique y Angélica, quienes quedaron al centro, junto con Pedro y Clara.

–¡Así, venga, vamos! ¡Esta fiesta está buena! –exclamó Pedro a Clara–. Nos van a ganar bailando –continuó Pedro mientras se colocaba detrás de Clara sujetándola por la cintura y de la espalda, para que ella adoptara la misma posición de Angélica.

La gente a su alrededor gritó de nuevo, aplaudían y se movían; el olor a alcohol y cigarro inundó la cabeza de Clara, quien veía a Angélica que alegre festejaba la forma en que Pedro se movía detrás suyo, pero no había felicidad. Clara no se sentía cómoda, solo percibía como Pedro se pegaba a sus glúteos, cada vez más, cada vez más fuerte. Ya no sabía dónde estaban las manos de este; solamente escuchaba a la gente gritar, sentía sus miradas, viéndola participar en algo que no le gustaba, que no quiso hacer desde un inicio, que no la hacía sentir cómoda, pero aceptó por temor a sentir rechazo; a que sus amigas le dijeran santurrona y apretada como en otras ocasiones, que conocidos y extraños la vieran haciendo "un drama" por rehusarse a que la tocaran y estrujaran en un baile.

Clara recordaba frases que le habían dicho antes: "es para divertirte", "es un simple baile", "no es como que te vayas a acostar con alguien". Esas palabras retumbaban en su cabeza, pero no las aceptaba como ciertas ni la hacían sentir

mejor. Los ojos de los demás invitados que la miraban con una mezcla de gusto, lujuria y lástima, le mostraban que la "aceptación" puede incluir tragos amargos de quienes se dicen tus amigos y que la violencia que sufría como mujer no podía provenir solo de un hombre, como siempre lo había creído.

La mujer puede acudir al lugar que le plazca, sin que ello implique que esté buscando compañía o sea objetivo de conquista del hombre, que como muestra de admiración a su belleza o con el simple ánimo de romper el hielo y conocerla, suele recurrir a la práctica social de invitarle alguna bebida; no significa que por pagar un trago la mujer deba sentirse obligada a recibirlo sino que válidamente puede rechazarlo. Ella tiene el control y la decisión de aceptar o no; ahora bien, que lo reciba tampoco implica que está aceptando una invitación a una charla, no hay tal cosa como consentimiento tácito.

Cabe señalar que muchas normas sociales y costumbres viven bajo la óptica de que la mujer está al servicio y pone todo su interés en el hombre, y que este decide por ella, al tener el rol de proveedor. Sin embargo, esa visión ya no es válida; si una mujer acepta un regalo puede hacerlo por mera cortesía, sin que tenga compromiso alguno hacia el hombre que lo entrega.

El trago

Era viernes en la noche, el fin de una semana larga y pesada. Laura pensó que beber un trago en un bar camino a casa no le caería mal para relajarse, así que manejó hasta aquel centro comercial que quedaba justo a la mitad del trayecto. Ahí, encontró un lugar en una mesita para dos personas; el sitio se encontraba casi vacío, solo había dos grupos de personas que, por el volumen de su plática, parecía que tenían ya buen rato en el lugar.

El mesero se acercó a ella para tomar su orden.

–¿Qué te sirvo? –le preguntó al tiempo que colocaba, al frente, un tazoncito con cacahuates como botana.

–Una cerveza *light* –respondió ella.

El mesero se alejó, Laura sacó su celular del bolso que llevaba, revisó algunos mensajes y reenvió otros; cuando levantó la vista, notó que el camarero le traía en un tarro la cerveza que había pedido y una bebida más.

–Disculpa, yo sólo pedí la cerveza –señaló Laura.

–¡Ah, ese es un mezcal! Te lo manda el amigo de negro en la mesa de allá –respondió amablemente el mesero.

Laura iba a pedir que se lo llevara, pero en ese momento se acercó el hombre que le enviaba la bebida. A Laura no le pareció feo, de hecho, al verlo de cerca lo consideró atractivo, pero no estaba de ánimo para "*ligues*".

–¡Hola, amiga! Me llamo Jorge, ¿y tú?

–¡Hola soy Laura! –respondió amable–. ¿Sabes?, te agradezco el detalle del mezcal, pero solo vine por una cerveza y me voy a descansar, ha sido una semana muy pesada en el trabajo. ¡Así que gracias; pero no, gracias! –contestó Laura al tiempo que tomaba el caballito con mezcal y trataba de dárselo.

–¡Uy amiga, si tu semana fue pesada un traguito es justo lo que necesitas! –manifestó Jorge- y esbozó una sonrisa. Si gustas, siéntate un rato con nosotros, una buena plática, unos chistes y vas a ver que se te olvida lo cansada. ¡Anda! –insistía Jorge.

–Te agradezco de nuevo, pero por ahora estoy bien sola –reiteró Laura.

–¡Ya déjala en paz! –dijo a Jorge uno de sus amigos mientras se acercaba.

–¡Hola, soy Pepe! –le dijo a Laura mientras abrazaba a Jorge–. Aquí mi amigo no sabe retirarse cuando ve a una mujer bonita, discúlpalo –agregó.

–Bueno, bueno, está bien; para no hartarte te dejo sola, igual si cambias de opinión estoy en aquella mesa, pero no me desprecies el trago, que me da mala suerte –replicó Jorge, quien abrazado de Pepe se fue a su mesa.

–¡Muy bien, gracias! –respondió Laura y los vio retirarse.

Sacó nuevamente su celular y leyó otros mensajes del grupo de amigas de la universidad, dio unos sorbos a su cerveza y sintió la mirada de Jorge, quien no apartaba su vista de ella.

Está guapo, pero como que es un poco molesto, pensó ella, y la mirada ya se le nota un poco perdida, siguió meditando.

El mesero no dejaba de servir tragos en la mesa en que estaba Jorge. Tarros de cerveza, caballitos con mezcal llegaban llenos y al poco tiempo eran consumidos y sustituidos por otros nuevos.

Mejor me voy, antes de que se le ocurra a este tipo venir otra vez a molestar y sea más difícil deshacerme de él estando más ebrio, pensó Laura, quien terminó su cerveza y, con una seña, pidió su cuenta al mesero quien presto se acercó.

–Su cuenta ya está pagada –le dijo– el joven de negro ya la cubrió.

Al escuchar eso, Laura giró la cabeza y vio como Jorge, bebida en mano, se acercaba. Ella se arrepentía de haber entrado a este lugar.

–¿Ya tan rápido? ¡Y ni te tomase el mezcal! –externó Jorge–. ¡Que me lo rechaces me va a dar mala suerte! Es más, de *hidalgo* tú te tomas el tuyo y yo el mío, ¿va? –le dijo poniéndose frente a ella e impidiendo que se levantara de su banco.

–La verdad no me gusta el mezcal. Además, voy a manejar, así que mejor no, ¡pero nuevamente, gracias! ¡Gusto en conocerte, adiós! –respondió Laura poniéndose de pie como mejor pudo, pues en ese momento ya estaba un poco nerviosa, por lo que le temblaban algo las piernas y las manos. Trató de parecer amable, pero a la vez firme.

–¡No chiquita! ¡Tú no te vas así! Ya te invité un *shot* de mezcal y te pagué la cuenta, así que cuando menos dame tu celular para contactarte y salir después. Date una oportunidad para "el galán de Jorge"; es más, vamos a tomarnos una *selfie* mientras me das un beso en el cachete, o si es en la boca mejor –indicó Jorge en un tono que pretendía sonar gracioso, pero parecía más bien intimidador.

Laura se sintió agredida, sacó la cartera de su bolso y dejando un billete sobre la mesa se irguió frente a Jorge.

–¡Cómo de que no! ¡Yo me voy cuando quiera y tú no eres nadie para decirme que no puedo hacerlo! ¡Yo no te pedí que pagaras, ni que me invitaras nada, ahí dejo pagado lo que bebí y también lo que no, y el resto es para que compres algo de educación y tacto, que se nota que en tu casa no te dieron! ¡*La selfie* tómatela con tu mamá, a ver si a ella también le pides beso en la boca! –contestó Laura en un tono sereno, mirándolo a los ojos, sin levantarle demasiado la voz. No le quiso gritar, sabía que no debía rebajarse a su nivel para hacerle ver su punto de vista, tranquila, con paso firme caminó, pasó a su lado y salió del bar.

Jorge quedó ahí, por unos segundos, como si estuviera congelado, solo reaccionó al escuchar los gritos de sus amigos:

– ¡Ja, ja, ja, se te fue viva la paloma!

– ¡Ja, ja, ja, hasta que te pusieron en tu lugar!

– ¡Ja, ja, ja! ¿Qué paso galán?

–Ella se lo pierde –aseguró Jorge con enfado, pero el sonido de las risas únicamente subieron de nivel.

Laura siguió su camino, escuchaba tras de sí la mofa que hacían del "galán de Jorge", los nervios ya no estaban, el arrepentimiento tampoco. Al contrario, se sentía bien, se dio cuenta que podía ir a donde mejor le pareciera, sola o acompañada, y que si la trataban de intimidar otra vez no podrían hacerlo.



El único inconveniente

Autor: Anónimo

Introducción

Esta es una historia basada en una experiencia propia, a pesar de que el Tribunal Federal de Justicia Administrativa incentiva la eliminación de cualquier tipo de maltrato hacia la mujer, considero que está muy lejos de desaparecer.

Es muy difícil hacer del conocimiento general estas historias para su publicación, porque todas serán anónimas o inventadas para no afectar a las partes involucradas.

Yo no me atrevería autorizar que se difundiera esta historia con mis datos personales o algún otro que hiciera sospechar sobre mi identidad, porque resulta evidente la tensión generada en el ambiente de trabajo. Por eso creo, aunque estas actividades impulsan a romper el silencio, no son del todo abiertas, solo quienes pasamos por estas situaciones conocemos el miedo que conlleva la publicación de cualquier maltrato, sobre todo cuando se trata de personas con las que diariamente convivimos.

Desgraciadamente, aun en la actualidad es muy difícil contar una historia así, sin que genere algún tipo de consecuencia. Nadie quiere ser evidenciado por conductas discriminatorias, que si bien son conocidas por algunos, no se considera leal hacerlas de dominio público, ya sea por ingratitud o porque pone en evidencia comportamientos realizados por trabajadores de este Tribunal; sobre todo cuando el involucrado es un Magistrado, considerado máxima autoridad en

las Salas Regionales, por lo que cualquier acto que los ponga en evidencia está muy mal visto por los demás; aunado a que tienen pleno control sobre el personal a su cargo, así que cualquier señal de descontento por parte de alguno de los integrantes de su ponencia es motivo para solicitar la renuncia.

Desarrollo de la historia

Yo era secretaria de Secretaria de Acuerdos en una ponencia que cambió de sede y se reubicó en Ciudad Victoria, por lo que me trasladé a esta última para continuar laborando en el Tribunal, sin importar familia, pareja, deudas o cualquier otra actividad que estuviera realizando.

Con el cambio de sede, diversos lugares quedaron vacantes y me interesaba ocupar el de Oficial Jurisdiccional, que se encontraba libre y yo era la única capacitada para el cargo, dado que laboro en el Tribunal desde agosto de 2009. Acudí personalmente con el Magistrado titular de mi ponencia para solicitar el puesto en comento, a lo que me respondió que por supuesto estaba contemplada. Sin embargo, días después y sin previo aviso, nombró a otra persona del sexo opuesto, de una Sala Regional que le habían recomendado; cabe precisar que el Magistrado en mención tenía preferencia por el sexo masculino.

Con dicho nombramiento quedé muy decepcionada, porque había demostrado mi compromiso con la ponencia a pesar del cambio de sede. Sin embargo, posteriormente me enteré, a través de una convocatoria, que en otra Sala buscaban un Oficial Jurisdiccional, por lo que fui a dejar mi currículum.

Sin esperarlo, la Magistrada titular de aquella Sala me llamó para formar parte de su ponencia, como Oficial Jurisdiccional de un Secretario de Acuerdos de quien recibí todo el apoyo desde que lo conocí, así como la exigencia de un trabajo pulcro.

Mi pareja y yo habíamos hecho una pausa en nuestra relación y los planes de formar una familia, ya que por el cambio de adscripción no me debía em-

barazar. Sin embargo, como mi vida personal y deseo de ser madre no deben depender de mi trabajo, decidimos iniciar nuestra familia. Al encontrarme sola en Ciudad Victoria, con un salario que solo me alcanzaba para la renta, me sería muy difícil tener al bebé y seguir trabajando, así que llegado el momento, tendría que renunciar para regresar a Nuevo León.

Cuando tenía 5 meses de embarazo, la Junta de Gobierno y Administración anunció la desaparición de la Sala en la que me encontraba. Comenté con mi jefe directo, así como con la Magistrada, mi interés de regresarme a Nuevo León porque mi esposo se encontraba allá y yo estaba sola aquí. Ambos me dieron su consentimiento para buscar el cambio y me brindaron su apoyo.

Al anunciar a los Magistrados que conformarían la nueva Sala Regional, acudí de inmediato con el que ya conocía mi trabajo y le solicité que me considerara como Oficial Jurisdiccional en su ponencia, ya que la persona que ocupaba ese cargo ascendería a Secretaria de Acuerdos. Me respondió que como secretaria de Secretario de Acuerdos no tenía ningún problema, porque la responsabilidad de contratar era de sus Secretarios, pero como Oficial Jurisdiccional no, por mi estado y sobre todo por la carga de trabajo con la que esa Sala iba a iniciar. Ante la posibilidad de no poder regresar a Nuevo León, acudí con la Magistrada con quien trabajaba, solicitando una recomendación, ella se comunicó vía telefónica para hacerla ampliamente, no omitiendo que yo estaba embarazada y el Magistrado contestó que lo consideraría.

No conforme con dicha respuesta, acudí con el Magistrado Visitador, a quien comenté mi situación; amablemente respondió que, como yo era de Nuevo León y estaba embarazada, debía regresar a esa ciudad; en ese momento se comunicó con el titular de aquella ponencia para que me recibiera como uno de sus Oficiales Jurisdiccionales. Él expresó que la Magistrada ya le había hecho la recomendación, pero que el único "inconveniente" era que estaba embarazada; lo anterior me consta porque estuve presente en el momento de la llamada. A su

vez, el Magistrado Visitador externó que el Tribunal estaba comprometido con el tema de la equidad de género y por tal razón debía volver a Nuevo León.

Gracias a eso, el Magistrado permitió que formara parte de su ponencia como Oficial Jurisdiccional y le he demostrado con mi trabajo que, a pesar de ser mamá, soy capaz de cumplir lo que me ha encomendado.

Conclusión

El Magistrado con el que trabajo es una excelente persona y yo estoy muy contenta en su ponencia. Trato de entender la situación en que se encontró, al tener que contratar a una persona que no consideraba tuviera las mismas capacidades para realizar el trabajo que se le iba a asignar, además, se ausentaría para cumplir con sus labores maternas.

No lo juzgo, pues estoy segura que cualquier otro Magistrado en su situación haría lo mismo. En la actualidad el tema de la equidad de género todavía sigue quedando en la palabra y muy pocas veces en práctica.

Creo que se está realizando una labor importante, pero queda mucho trabajo por delante para lograr que la violencia hacia las mujeres desaparezca, al igual que para tener el valor de romper el silencio. Estoy convencida de que muchas mujeres no querrán contar historias más fuertes que la mía, por miedo a ser despedidas y señaladas.

¡Romper el silencio se dice fácil, pero no lo es!



Historia real

Autor: María Isabel GÓMEZ MUÑOZ

Mi historia inicia cuando tenía diez años de edad, finalizaba el quinto grado de primaria en una escuela privada a cuyas profesoras les decíamos "seño", seguido de su nombre. Eran sumamente religiosas mas no monjas. El director, a quien más adelante diagnosticué como enfermo grave, al igual que las primeras, era católico hasta la médula, alto como garrocha, de voz ronca y turbia que salpicaba saliva cuando hablaba o simplemente cuando abría la boca; era mal vestido y se colgaba un llavero del cinturón, que detenía el enorme pantalón que terminaba arriba del tobillo, todo coronado con una barriga deforme que paseaba sin pudor. Era desagradable.

El deplorable panorama que tenía sobre el director lo confirmé cuando pasé al sexto grado, verán por qué: debido a mi desempeño escolar, gané el derecho de "cargar" el lábaro patrio en la escolta de la escuela, ser la abanderada, lo que implicaba portarlo en el homenaje semanal y ceremonias escolares, pasearlo orgullosamente por la calle principal del pueblo, escuchar que las autoridades así como las personas que hacían valla al paso del contingente murmuraban con admiración el nombre y hasta el apodo, si tenía, de la o del afortunado abanderado, al que premiaban con aplausos y vivas cuando aparecía por ahí algún familiar. Siempre ha sido y seguirá siendo un gran honor gozar de tal privilegio.

El primer día de clases del sexto grado, mi mamá y yo madrugamos a fin de lograr que mi atuendo, uniforme de gala y accesorios, al igual que mi persona, fueran lo más pulcro posible, sin arrugas y cabellos fuera de lugar.

Al traspasar el gran portón de entrada de la escuela, al primero que visualicé fue al director, me miró fijamente haciendo a la vez una mueca que, por mi inocencia, no pude descifrar entonces, llamó a diversas alumnas y alumnos a quienes alineó e instruyó para que escoltaran a un niño en particular, quien por cierto, era sobrino del párroco de la iglesia católica principal. Me hizo una seña para que me apartara del grupo, sin ningún empacho, con tono de burla y derramando saliva dijo susurrando: ganaste la bandera, solo que no puedes ser abanderada porque eres "protestante". Cabe aclarar que algunos familiares de mi mamá eran evangélicos, bautistas y otros católicos.

De inmediato entendí el motivo de la decisión. Sentí que mi corazón se salía de su lugar, aún ahora solo de recordarlo siento lo mismo, además de indignación y coraje contra ese cobarde sujeto que arruinó un derecho que gané con esfuerzo y dedicación, sacrificando en ocasiones el también derecho de niña de compartir juegos con mis hermanos y amigos.

No es justo que sigan sucediendo acontecimientos contra escolapios que no están preparados para defender y exigir el respeto de sus más elementales derechos.

Cuando mis padres me cuestionaron sobre lo sucedido aquel día, saqué del fondo de mi ser la fuerza necesaria para contestar lo que no era verdad, "no cargué la bandera, pesa mucho, tuve miedo de caer y ensuciarla". La realidad fue otra, confieso que "me dio vergüenza decir la verdad". No quise compartir la frustración que me invadió, la tristeza y el dolor que sentí, no podía afectar a mis padres. Aún duele cuando revivo ese terrible acontecimiento que padecí a temprana edad.

Con el paso del tiempo tuve el valor para cuestionar a mis padres acerca de la razón por la cual determinaron que mis hermanos y yo estudiáramos en esa escuela de religiosas, dirigida por un sujeto enfermo, frustrado y repugnante.

Mis padres respondieron que se trataba de la única escuela privada del pueblo, era la mejor, pues además de las asignaturas oficiales obligatorias, impartían: música, inglés, educación física, higiene, talleres de lectura de obras populares y clásicas, ortografía, dibujo de imitación (cuyo maestro aún está con vida, es un anciano adorable), cocina, costura, aseo (limpiábamos el salón de clases) y muchos rezos durante el día; incluso nos llevaban con frecuencia a la iglesia para ensayar con el órgano monumental que hasta hoy en día funciona, después de ser restaurado.

En esta travesía era frecuente que nos topáramos con el párroco, un viejo cura que olía a humedad de iglesia, combinado con incienso y cera de vela, portaba un ropaje negro que tocaba el suelo, cuya suciedad iba recogiendo; lo peor es que el director nos obligaba a besar la mano del cura y decía que era para que Dios perdonara nuestros pecados. Al terminar esta rutina, disimuladamente limpiábamos nuestros labios. Era terrible.

Pregunto, ¿quién en su sano juicio no se apartaría de la religión con tantos abruptos y desatinos?

Ya convertida en mujer, durante una semana santa acudí con mi mamá a una iglesia de mi pueblo, no a rezar sino por motivo diverso. Fue mayúscula mi sorpresa al ver que el sujeto que vulneró mi derecho "a cargar el símbolo patrio" estaba de rodillas, golpeándose incesantemente el pecho, dando vueltas al féretro de Jesús, rezaba y rezaba con los ojos entrecerrados, goteando sudor de la frente y con seguridad salpicando saliva como era usual en él. Sentí indignación ante el espectáculo casi dantesco que presenciaba.

Entonces, sin pensar, de manera apresurada pero firme, conté a mi madre la verdad de lo sucedido años atrás. Me miró atónita y preguntó la razón por la cual no había dicho nada en su momento, levanté los hombros a manera de disculpa, contesté sin reparo y con fuerza renovada que "sentí vergüenza". Me abrazó, besó y derramó lágrimas tan poderosas que limpiaron y sanaron la herida que

sin merecer padecí a temprana edad, con voz entrecortada dijo: "por eso Dios no le dio hijos. Perdónalo hija, como yo lo he hecho"; no contesté, reservo hasta ahora la decisión que tomé.

La recompensa divina la recibí en abundancia, una de mis hijas fue abandonada reiterada en su escuela, viví emocionada cada ceremonia en que portaba nuestra bandera; le transmití, al igual que a su hermana, el orgullo y honor de tal privilegio. Las tres amamos profundamente a nuestra bandera, nos encanta su colorido, ver cómo se mueve cadenciosamente en las alturas, quisiéramos volar y besarla, que nos envolviera en sus tibios y amorosos brazos. Calladamente le digo: "eres la madre de los mexicanos".

Sin lugar a dudas, el final de esta historia real es extremadamente hermoso y feliz, el tiempo me ha permitido apreciar que un hecho negativo me fortaleció. Firme en mis convicciones, sean o no correctas, aprendí a respetar y valorar los derechos que asisten a las personas sin importar su raza, color, credo, preferencias sexuales, posición social y económica. Pero lo más valioso que obtuve como resultado de lo que viví y que ahora comparto, es la confirmación de mi mexicanidad, estoy orgullosa de ello, de llevar en mi alma lo acontecido que a la postre cambió positivamente mi vida.

Ahora en el ocaso de esta, agradezco a mis padres y abuela materna, brillante y destacada maestra, "la protestante", que hayan tomado la acertada decisión de que estudiara en esa grandiosa escuela, cuyo contingente pasea "mi bandera" en los desfiles que tengo la oportunidad de presenciar en mi pueblo, aplaudo a su paso y grito: "viva la escuela...", orgullosa, enamorada y amante de ella.



Historias

Autor: Galoberto

Quisiera empezar estas narraciones con la frase con que inician todas las historias, "Érase una vez...". Sin embargo, estos casos no sucedieron una sola vez, ocurren todos los días, se reiteran y toman fuerza, inclusive dentro de la Institución.

Puede ser que tenga solo una perspectiva de las situaciones y no el panorama completo, pero no por eso dejan de causar daño, de encontrarse en presencia de violaciones flagrantes a los derechos de las personas que las han vivido, tanto hombres como mujeres, por su condición económica, apariencia física o preferencia sexual.

Me resulta difícil pensar que algunos Magistrados, lejos de que sean líderes que contribuyan al crecimiento profesional, abusen, exploten, menosprecien, demeriten y hasta controlen la vida de su personal. Pareciera que tienen permitido dirigirse con ironía y burla, atentar contra la dignidad de las personas, sin sentir remordimiento de su actuar. Acompañenme a leer estos tristes relatos.

Historia 1

Estaba tan emocionada porque a partir de la siguiente semana iniciaba una nueva etapa en su vida. Harta de la ciudad decidió aceptar la propuesta de trabajo al interior de la República, pensó que la mejor opción era cambiar de aires, en especial por lo mal que le había ido en el amor. El cambio sería mayúsculo y lo que más lamentaba era el hecho de tener que alejarse de sus padres, de quienes nunca se había separado.

Con todas las ganas, previo a la mudanza, inició la búsqueda de un departamento pequeño que se ajustara a su salario. Sin embargo, al no conocer la ciudad o alguien de aquel lugar en donde iba a "iniciar de nuevo", optó por aceptar la invitación de su jefe... No, esa opción no. Aceptó rentar la casa del Magistrado, la cual se encontraba ubicada a unas cuadras de su trabajo, centros comerciales, parques y jardines. Nunca pensó que esa decisión la esclavizaría en el futuro.

Los primeros meses estuvo genial en el trabajo, coincidió con un compañero con quien vivió en la misma casa habitación, por supuesto que en cuartos separados. Al empezar a conocer la ciudad le llamó mucho la atención la tranquilidad con la que la gente vivía, tanto así que eso le permitió relacionarse con esa persona especial que tanto había esperado y no había podido encontrar debido al acelerado ritmo de su ciudad.

Por fin, después de mucho tiempo de no encontrarle sentido a su vida amorosa, se sintió con plena confianza de echar raíces, así que decidió iniciar los trámites para conseguir una casa propia. Consultó inmobiliarias, conoció fraccionamientos y visitó un sin fin de casas en esa nueva ciudad que la acogía con bastantes beneficios.

Una vez que encontró la casa de sus sueños e inició el trámite, feliz de la adquisición que pretendía realizar, informó lo acontecido al Magistrado, quien incrédulo ante la decisión le manifestó lo siguiente:

"Me da gusto que hayas encontrado una casa y qué bueno que avisas que vas a dejar de rentarme la que puse a tu disposición, solo quiero contarte la historia de una amiga que venía de la ciudad, muy parecido a tu caso. Ella cometió el error de adquirir casa y justo cuando se sentía más segura, se quedó sin trabajo, pero sé que a ti no te pasará", dijo en tono sarcástico y amenazante. "En verdad me da gusto que estés rehaciendo tu vida."

La situación la confundió y ante la respuesta amenazante del Magistrado, se sintió obligada a continuar arrendándole esa casa que no sentía su hogar.

Debido a la inseguridad provocada, optó por no adquirir ningún bien, dejar a un lado su vida personal y solo trabajar.

Historia 2

Simple y sencillamente no existen políticas dentro de la Institución para evitar la discriminación por razón de género, etnia o preferencia sexual.

¿Por qué el cierre de negocios o tratos debe concretarse en cantinas?

¿Por qué para pertenecer a un grupo de trabajo o caerle bien al Magistrado uno debe de ir o acompañarlo a lugares ajenos a los gustos propios?

El primo de un amigo es de preferencias sexuales distintas a las de la mayoría y cuando ha tenido jefes hombres, si bien realiza su trabajo lo mejor posible, no puede establecer empatía con sus compañeros al no convivir o "combeber", como se dice comúnmente. Lo que ocasiona que no se haya sentido identificado con un grupo o equipo de trabajo, puesto que sus superiores no lo incluyen debido a sus gustos personales.



La muñeca fea

Autor: Malinali

Introducción

Romper, partir, separar, quitar, apartar, eliminar, etc., son sinónimos que describen tíbiamente el deseo vivo de miles de mujeres que lidian diariamente con actitudes y comportamientos agraviantes, injuriosos, machistas, clasistas e inclusive de abuso y acoso sexual que estorban, lastiman, dañan, deterioran y alteran la estabilidad física, emocional, social y económica de la mujer, así como de cualquier otro ser humano.

Es cierto que en las últimas décadas se han dado cambios importantes en la situación de las mujeres mexicanas, lo cual se refleja en una mayor incorporación a la educación, mercado laboral, acceso a los servicios de salud, la participación en el ámbito político, entre otros muchos aspectos. Pero queda un largo camino por recorrer para lograr una sociedad realmente igualitaria.

Este escrito nace desde el fondo de mi inconformidad y dolor cuando diariamente veo, con pesar, que esos ovacionados temas de igualdad para la mujer no son reales. A pesar de lo arriba mencionado, nada ha cambiado, el tema sigue siendo bandera de instituciones y movimientos políticos, usado en tiempos electorales o de crisis, pero nada más.

El inicio de la historia

Para curarme en salud, empiezo por decir que esta no es mi historia, que nunca he vivido experiencias como las que voy a relatar, ¡cómo iba a ser!, si soy una

profesionista, estoy calificada para la vida y el trabajo, esta problemática solo la tienen mujeres ignorantes, las que aguantan todo por no superarse en la vida, que no son muy agradecidas. Pero, ¿a quién quiero engañar? Esto nos pasa a todas por igual en algún momento de nuestras vidas o en todos y en algún lugar o en todos; feas, bonitas, cultas e incultas, famosas o no, todas la padecemos diariamente.

Mi infancia (Todo yo)

"El maltrato infantil se define como el abuso y la desatención de la que son objeto los menores de 18 años, incluye todos los tipos de maltrato físico o psicológico, abuso sexual, desatención, negligencia y explotación comercial o de otro tipo que causen o puedan causar un daño a la salud, desarrollo o dignidad del niño, o poner en peligro su supervivencia..."¹.

Pensando en qué decir y cómo decirlo, vienen a mi mente un sinnúmero de hechos y acontecimientos que inevitablemente marcaron diferencias en mi persona. Empezaré por contar que soy la tercera de siete hermanos, de una familia con dificultades económicas, como muchas otras que existen en nuestro país. Esto no es relevante, pero quiero destacar el trato recibido, porque nunca entendí por qué yo, desde muy pequeña, tenía que lavar todos los trastes y no solo los que había ocupado, o toda la ropa y no solo la que me había puesto.

Hay varias anécdotas representativas de esa época en las que tuve que contraer responsabilidades que no correspondían a mi tiempo y que por el simple hecho de ser mujer tuve que asumir; aun cuando mis hermanos eran mayores, los quehaceres de la casa me los asignaban a mí. Contaré una anécdota que con el paso de los años resultó graciosa.

Cuando yo tenía 11 años, hubo una fiesta en mi casa a la que asistieron familiares y muchos amigos de mis papás, llegó demasiada gente y todo empezó a faltar. Mis papás, apurados, me empezaron a mandar: lava este vaso, sirve esta bebida, limpia lo que se cayó, sirve más comida, ve a comprar esto y aquello, bla,

¹ Organización Mundial de la Salud.

bla, bla. Todo eso terminó por incomodarme y en ese momento exclamé molesta: ¡Todo yo, todo yo! Un familiar me escuchó y le pareció gracioso, de tal forma que siempre que me veía me repetía la frase: ¿entonces qué, ¡todo yo, todo yo!? Alguna vez me atreví a preguntar ¿por qué todo yo? Y la respuesta que recibí no fue grata, entendí que era conveniente no volver a cuestionar.

Lo que vale resaltar en esta anécdota es el tipo de maltrato y abuso que se repite como práctica común en la sociedad mexicana hacia las niñas porque los papás, "a punta de cuerazos", nos obligan a cuidar a los hermanitos, realizar labores domésticas que nos ponen en riesgo de sufrir accidentes, incluso a muchos niños los obligan a trabajar en la calle. Eso es grave y sigue sucediendo todos los días. Nos roban la oportunidad de vivir una niñez plena.

En mi caso, hacerme responsable de mis cuatro hermanos pequeños, desde los ocho años, me marcó por mucho tiempo, asumir un papel que no me correspondía. Me costó mucho trabajo liberarme de esa responsabilidad con un grave compromiso emocional, pero finalmente lo logré.

En la adolescencia (Si se pudo)

"La existencia de la violencia contra las mujeres o violencia de género contraviene la integración de las mujeres en la sociedad en plena igualdad de condiciones ante el hombre en las diferentes esferas de la vida económica, social, política, laboral y privada"².

Quién no tuvo un hermano mayor varón que se llevara todo el crédito porque además era muy inteligente y, después de todo, quién va a dar credibilidad a una niña. Definitivamente el esfuerzo por destacar en este núcleo fue doble,

² "Reunión técnica de especialistas en estadísticas de violencia de género para analizar los hallazgos y las propuestas del proyecto", *Detección de fortalezas y debilidades en los registros administrativos en materia de violencia contra las mujeres y propuestas de mejoras, para el impulso de políticas públicas y la aplicabilidad de la reforma constitucional en materia de derechos humanos*, ONUMJERES - Instituto Nacional de las Mujeres, México, 4 de diciembre de 2012, p. 29.

ni mi propia familia me daba crédito, lo más que se esperaba era que quedara embarazada y alguien se tuviera que casar conmigo. Alguna vez lo escuché de mis primas mayores, sentí pena de mí y del brillante futuro que me auguraban.

Con todo en contra, por mérito propio entré a la Universidad y la terminé sin embarazarme. Cuando finalmente algunas conseguimos un título universitario, vemos con inquietud que este logro no es garantía de nada, que contrariamente se convierte en un arma de doble filo, porque a muchos varones se les complica psicológicamente tratar con una mujer que analice, cuestione y reclame. ¿Cuántas veces no hemos escuchado la cruel y célebre frase "calladita te ves más bonita"?

Pero el espíritu rebelde y perseverante que la naturaleza me regaló se hizo patente y con el tiempo me fui ganando el respeto de mi familia, porque lejos de causar problemas me dediqué a superarme, a pesar de las limitaciones económicas y las tareas domésticas excesivas; así que, ¡sí se pudo! Eso aprendí, siempre se puede cuando en verdad se quiere conseguir algo, lo que sea.

La vida laboral (Volando sobre el pantano)

"...En los ambientes de trabajo, los juegos perversos de abuso de poder son más frecuentes de lo que muchos imaginan. El problema es que muchas veces las agresiones y los malos modos son naturalizados, silenciados y pasan a formar parte de las reglas tácitas aceptadas como parte del contrato laboral..."³.

Llegaron los tiempos del trabajo, el desarrollo profesional inició con la inevitable competencia. Ganar un puesto empieza a ser controversial porque no es posible que una mujer sepa lo mismo o más que otro varón. A algunos les parece curioso y a otros eventualmente les molesta, como sea, yo conseguí uno de esos puestos, y por qué no, si me había preparado.

³ Periódico "La Nación", 5 de agosto de 2015.

Pero esa no iba a ser la única barrera en el camino, había otras más, como el "acoso". Muchos hombres creen que solo por ser hombres o tener una posición en la estructura organizacional tienen derecho de incomodar o someter, empleando frases de mal gusto y mal intencionadas o propuestas indecorosas que a mí me siguen molestando. Cuando alguien te aprecia solo por tu cuerpo y te devalúa uno se pregunta, ¿entonces todo lo que realmente soy no vale nada?

Antes callabas, te sentías pésimo y no decías nada. Hoy parece que en ese sentido las cosas han cambiado porque ya nos atrevemos a reclamar y pedir respeto. Aunque lo cierto es que a veces ese reclamo se traduce en el despido laboral y la consecuente alteración de la economía, por eso creo que muchas siguen aguantando.

La vida conyugal (...se me olvidaba que, solo yo te quise)

"La violencia contra la mujer representa una de las formas más extremas de desigualdad de género y una de las principales barreras para su empoderamiento, el despliegue de sus capacidades y el ejercicio de sus derechos, además de constituir una clara violación a sus derechos humanos. Según informes de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), en América Latina y el Caribe una de cada tres mujeres en algún momento de su vida ha sido víctima de violencia sexual, física o psicológica perpetrada por hombres"⁴.

Cuando te casas, al inicio es color de rosa y todo parece ir por un buen camino hasta el día en que el esposo identifica que tienes un empleo, dinero y aportas, así que te deja toda la responsabilidad, porque sus intereses ya cambiaron. En las relaciones conyugales es complejo decir que todas son iguales, porque no lo son, pero la gran mayoría los varones tarda en madurar y sientes que tienes un hijo más de quien hacerte responsable.

⁴ "Violencia en las relaciones de pareja", *Resultados de la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares, 2006*, México, Instituto Nacional de las Mujeres, 2008.

A cierta edad y bajo determinadas circunstancias lo supe. El hombre que conocí desapareció, me lo cambiaron. Nunca volvió a ser el mismo, el problema es que ya no éramos solo él y yo, ya había pequeños que demandaban atención y eso fue todo un reto.

Yo veía a mujeres solas que se hacían cargo de sus familias. Para mí era algo anormal, se veía mal, algunas eran amigas y otras familiares muy cercanas, lejos de entender, juzgaba. Nunca comprendí cómo ellas andaban solas por la vida sin esposo, hasta que lo experimenté.

Es una realidad que te rebasa, cuando estás tan habituada a ello es simplemente devastador. El hombre te hace falta hasta para cargar el botellón del agua y de verdad lloras por haber sido tan dependiente, ¿cómo se vive sin alguien que resuelva los problemas del carro y que ponga un clavo en la pared?

Nos cuesta tanto trabajo entender, ya que nos han hecho creer que una mujer vale por tener un hombre al lado, cuando no es así, nos resistimos a dejar de creerlo, el desapego duele tanto como quitar diariamente una costra del cuerpo y desde luego sufrimos igual, algunas logran salir sanas y salvas de esa experiencia, otras no lo entienden jamás. No solo la parte emocional es la afectada, también lo es afrontar la educación de los hijos y la economía de la casa.

Todo esto constituye un gran reto que las mujeres han sabido sortear muy bien, algunas a costa de ellas mismas, ¡qué realidad tan injusta! Y es que para eso hay leyes que obligan a las partes a hacerse responsables de los hijos, pero la realidad mexicana es que las mujeres no hacen uso de estas, en ese sentido, seguimos teniendo miedo al qué dirán, a que el hombre se violenta en nuestra contra, a invertir tiempo, dinero y esfuerzo, y no tener resultados positivos. He visto tanto de eso que pareciera, lejos de evolucionar, retrocedemos.

Existe otra anécdota de este tiempo, que fue el inicio de una necesaria transformación. Muchos escucharon en algún momento de su niñez la canción de "Cri-Cri" llamada la "Muñeca Fea"; yo un día me soñé tal cual esta dice: "... escondida por los rincones, temerosa que alguien la vea... su carita está llena de

hollín, su manita ya se le rompió, la pobre muñeca fea...". Así me vi y fue una experiencia impactante. Desperté llorando con una tristeza que me duró todo el día y es que entendí que esa era yo, pero nadie era responsable de eso, solo yo.

Había permitido el abuso, el maltrato, hasta ese momento de mi vida, todos fueron más importantes que yo: mis papás a quienes siempre ayudé con sus problemas económicos, la responsabilidad de cuidar y atender a sus hijos; mi esposo, para quien fui como su mamá; mis hermanos, a quienes cuidé y resolví sus problemas. En fin, todos primero y al final yo, pero así me habían educado, ¿cómo cambiarlo?

Ese día me prometí que nunca más me haría daño, a partir de ese momento sería primero yo, luego yo y hasta el último yo. Prometí que me respetaría y amaría por el resto de mi vida, que nada es para siempre y que mientras esté viva hay oportunidad de cambiar las cosas, solo hay que atreverse y yo me atreví, con todo menos con miedo.

Conclusión

Y así pasamos de una etapa a otra, en esquemas complejos, con comportamientos similares a los virus, porque cuando se creen controlados estos bichos, cambian, transforman, transmutan y evolucionan. Así, de este color es el problema de la equidad de género.

Algunos estudiosos del tema dicen que es cuestión natural, que tiene que ver con el origen de la división del trabajo, lo que ocurrió cuando el hombre de las cavernas se dedicó a la caza y la mujer a los cuidados domésticos de lo que podríamos llamar hogar. Por ello es que somos débiles y dependientes, ellos fuertes e independientes.

Otros dicen que el fenómeno es cultural; en el caso mexicano, la culpa la tienen los españoles porque dejaron patente el abuso, aprovecharse de la tierra azteca, lo femenino; sometiéndola, conquistándola, imponiéndose como únicos

vencedores y dueños de ella, lo masculino; y que eso se repite en cada comportamiento machista de los varones, ¿eso significa aceptar el trato o maltrato solo porque es cultural?

Otros más atrevidos concluyen que es culpa de las mujeres y de esos movimientos revoltosos del feminismo surgidos en diferentes épocas, con el propósito de reivindicar los derechos femeninos, siendo los más recientes de los años sesenta.

Inclusive, hay quienes infieren que es un tema religioso, citado un centenar de veces en la Biblia. Hay en dicho documento un pasaje muy representativo en el que una muchedumbre persigue a una mujer adúltera para apedrearla y Jesús no la salva, solo la perdona. A ese pasaje le falta un momento en el que Jesús pregunte: "¿Dónde está el hombre con el que fuiste adúltera? Porque él también fue parte y de igual manera habría que apedrearlo".

En fin, ser mujer y reclamar como propios los derechos que otorga la Constitución por igual a todas las personas parece incomodar a incontables, porque no deja de haber víctimas. Lo leemos todos los días, millones de mujeres mueren a diario por crímenes de todo tipo, desde los pasionales, hasta los políticos y los asociados al poder, ideas y pensamientos, calificados como altamente riesgosos, por mencionar algunos.

Mi invitación, por el bien de la sociedad mexicana, es abandonar la apatía, dejar de creer que "a mí no me va a pasar", porque solo nos estamos engañando. ¿Por qué no empezar a trabajar en el antídoto? Redirijamos la lucha feminista surgida en todas las sociedades del mundo, en donde la ideología común debe ser la defensa de los mismos derechos para las mujeres y para los hombres. En este contexto, promovamos que la lucha no sea unilateral, que sea de todas las partes y hacia todas las direcciones. Incluyamos valores, tales como el respeto y la igualdad, por ejemplo.

Lo más complicado es que esta batalla tiene que partir de un punto, nosotras mismas. Tenemos que empezar por reconstruirnos, reinventarnos, redi-

señarnos con todo eso que demandamos, porque nadie puede dar lo que no tiene y exigir lo que no está dispuesto a dar. Nos tenemos que edificar cada día, aportarnos a nosotras mismas el valor o los valores que merecemos, quitarnos el vestido sucio y ponernos uno limpio, para después intercambiar con la sociedad estos valores ganados.

Creo que esto es posible, existen infinidad de mujeres valiosas en nuestro país, incluso aquí en nuestra Institución, las que seguramente para llegar al puesto que ocupan, sin importar el que sea, invirtieron un gran esfuerzo; porque además de ser mujeres, somos madres, esposas y profesionistas, toda esa riqueza se debe capitalizar.

Este relato es muy breve, entrar en el detalle de cada etapa implica llenar miles de hojas con tanto que decir, algunas matizadas con dolor, tristeza, incluso llanto. Al relatar nuestras vivencias, muchas van a encontrarse en estas líneas y espero sea útil para empezar a cambiar lo que no les gusta. No resulta fácil combatir contra paradigmas grabados en la mente, como casarse antes de los 25, tener bebes antes de los treinta y dedicarte al hogar aun cuando tu esposo solo te utilice; pero un día hay que iniciar, yo hace tiempo empecé.

Hoy lo puedo contar y reír de mí, sin problema, pero un día tuve que iniciar. Ojalá tú no tardes tanto porque de algo sí estoy segura: se vive bien cuando uno está en paz, satisfecho de lo realizado y tú mujer vales mucho. Tenemos derecho a ser felices y vivir en paz, tenemos que gritarlo para que todos lo sepan.

Un día hay que comenzar...



La venta de María

Autor: José Ramón JIMÉNEZ GUTIÉRREZ

El breve relato de ficción a contar, trata sobre cómo es la vida para la mayoría de las mujeres de comunidades indígenas en Chiapas; nos describe una realidad muy cruel, en la que las mujeres son vendidas una vez que han alcanzado la "madurez" suficiente. Narra cómo es la infancia en dichas regiones y los principales problemas que enfrentan, pero sobre todo, enfatiza ese espíritu combativo de todas las mujeres para salir adelante.

Dos vacas, un cerdo y dos mil pesos; ese era el valor de María de acuerdo a lo pactado por su padre cuando la negoció con Jacinto, un hombre algo viejo y definitivamente nada agraciado, quien a partir de ese día era el dueño de su vida. Su única gracia, ser el dueño de la pequeña tienda del pueblo en donde vivía y tener en su casa la única televisión a color en la región.

Definitivamente ser vendida no se sintió nada bien, algo en su interior le indicaba que eso no era lo correcto, sin embargo, así era la vida ahí. Ya tenía catorce de edad y sus "mejores años" se le estaban pasando. Era toda una mujer ante los ojos de los demás, estaba cansada que todos le dijeran que se quedaría a vestir santos.

No, Jacinto no era un galán de esos acicalados y todos catrines que aparecen en televisión, esos hombres que hablaban chistoso y siempre se quedaban con la sufrida mujer blanca de ojo verde con ropajes muy cortos, que salían en las telenovelas que todo el pueblo moría por ver. Poco importaba ya lo que

pensara de Jacinto, el precio había sido pagado y mañana sería entregada a él, en una ceremonia tradicional.

Esa última noche, antes de casarse, recordó su corta vida. El primer recuerdo que llegó a su mente fue cuando tenía tres años. Remembró su casa, una choza de lodo con piso de tierra en donde dormía, un cuarto grande que servía de recámara, cocina y comedor. El olor mezclado de frijoles requemados con leña, el olor a piel de oveja de los ropajes gruesos para protegerse del frío. Sí, ese que no se controlaba con nada, que cala hasta los huesos y no deja dormir. Que te obliga a abrazar a quien esté al lado. No todo era malo esa noche, también recordó la sonrisa de sus hermanas Marisol, Karina y Mónica, quienes la rodeaban y calentaban hasta quedar profundamente dormida.

Otro recuerdo que jamás olvidará es aquel en que, por primera vez, pasó hambre. Su padre tuvo un encuentro largo y profundo con el alcohol –cada vez eran más y más frecuentes– así que no llevó nada para comer. Esa noche comieron una bolita de masa que su mamá les calentó en el comal y un chile "miraparrriba" para darle sabor. En ese momento conoció el hambre y se dio cuenta que con un estómago vacío las sonrisas se diluyen. Se juró que cuando creciera jamás volvería a pasarla o permitir que sus hermanas la padecieran.

También llegó a su mente su recuerdo más doloroso, cuando tuvo que ver morir a su hermanita Marisol de una simple gripa. Marisol tenía solo cinco años y ella siete. Dos días antes, habían estado jugando bajo la lluvia, saltando de charco en charco hasta el anochecer. Todo empezó con un simple estornudo y para la madrugada era un ligero silbido que salía de su pecho. Al siguiente día, su hermanita ya no se levantó, tuvo una fiebre muy alta y no recuperó la conciencia.

La curandera del pueblo no la pudo aliviar con las hierbas y el alcohol. A partir de ahí, todo transcurrió muy rápido, imágenes de su padre mientras tomaba a su hermana en brazos y pedía que le ayudara a cargar sus cosas, pues al ser la mayor era la única que podía hacerlo.

Entre murmullos recuerda a su padre haber maldecido su situación, sobre todo por haber tenido solo hijas. No era la primera vez que lo decía, cada vez que se ponía borracho lo gritaba.

Imágenes se agolpaban en su cabeza, el día de camino al bajar la montaña, el río, sus manos y pies morados por el frío, un hambre espantosa, la llegada al pueblo más cercano que contaba con hospital, muchas luces en la calle, el hospital lleno de gente como ella, carencias y más carencias. Recuerda como el doctor que vio a su hermana era uno de esos "mecos", como los de la tele con un acento muy raro.

Todavía resuena en su interior, como un estruendo en la calma de la noche, las palabras del galeno "no se puede hacer nada" y la flacidez de su hermana, solo comparada con esas muñecas de trapo con las que tanto le gustaba jugar. Ese día fue el último que vio a su adorada hermanita.

No todas las memorias son malas, recordó las enseñanzas de los ancianos, ese famoso dicho de que la montaña te desnuda y saca lo mejor y peor de ti. Recuerda con gran alegría el verde profundo que todo lo envuelve. La niebla que recorre cada parte de ella y la cubre como si fuera un manto. Con nostalgia se acuerda de esa sensación de paz que le transmite la lluvia cuando cae sobre la montaña y su pueblo, ese olor tan maravilloso a pino mojado, el arcoíris que llega después y ese sol imponente que se asoma en el cielo una vez que ha vencido la tormenta.

Su infancia no fue tan mala, siempre encontró tiempo para jugar con sus hermanas y amigos, ya fuera en la montaña o en el río. No era muy trabajadora que digamos a esa edad pero, ¿quién lo es? Salvo las odiosas caminatas para conseguir leña o bajar al río para traer agua, sus días pasaron lentamente con alegría.

Su madre jamás fue cariñosa con ella. A sus veinticinco o treinta años (jamás decía su edad) parecía una señora de cincuenta. La vida se le fue entre cargar leña, sacar agua del río, dar de comer a los animales y preparar la comida para

ellas y su papá. Le parecía normal verla ocasionalmente con moretones en la cara y en los brazos, aunque nunca tuvo la valentía suficiente para preguntarle de dónde venían, asumió que la búsqueda de leña era demasiado difícil y caía de vez en cuando.

Su padre era muy conservador y respetado en la comunidad. Trabajaba en el campo y rara vez lo vio sonreír; de piel morena, el sol se había encargado de curtirlo por tantas jornadas de trabajo. Hombre de pocas palabras y gustos, cuya vida transcurría en arduas horas de trabajo y un respiro cada domingo, en el que tomaba alcohol hasta quedar tirado en alguna calle del pueblo. No fue una, sino varias veces, las que tuvo que salir en esas noches frías a buscarlo para llevarlo a casa. No era nada agradable escuchar que no era feliz y que le recordara que estaba maldito por no haber tenido un hijo varón; todo, mientras lo acostaban y arropaban en el suelo para que se durmiera.

Al cumplir los once años y tener el primer sangrado, supo que el destino la alcanzó. Había visto cómo sus amigas, después de su primera menstruación, a los pocos meses o años, fueron vendidas. Le preocupaba que en unos meses ya no sería dueña de su vida, no podría convivir con sus hermanas ni visitar su adorada montaña cuando quisiera. A partir que la vendieran, tendría que obedecer en todo a su marido y transformarse en su madre. Luchar y pedirle a Dios tener un hijo para mantenerlo feliz y tratar lo menos posible de meterse en su camino para no generar su enojo.

Con un leve suspiro, para no despertar a los demás, cerró los ojos y dejó que el cansancio se apoderara de su cuerpo.

Su boda no fue para nada una de esas fiestas de ensueño que salen en televisión, excepto el vestido hermoso que llevaba puesto bordado de flores, nada más la ilusionaba. Bueno, tal vez el comer ese delicioso guisado de puerco preparado por su mamá, que tanto le gustaba, permitía asomar una pequeña sonrisa. En su interior, una pequeña voz le decía que las cosas no tenían por qué ser así, debía buscar su destino en algún otro lugar.

La noche de bodas solo empeoró su sentir, se sintió usada, un pedazo de carne más para satisfacer una necesidad. Lloró y pidió a Dios sangrar para que su ahora esposo pudiera salir a la calle y presumir su extinta virginidad. Aunque no había sido tocada de esa forma en su vida, se preocupó de no hacerlo y afrentar a su marido y su familia; por ese tipo de cosas te pueden apedrear en la calle y la vergüenza social es para toda la vida. Cuando ya estaba imaginando como sería su existencia de deshonor por fin sangró. El olor metálico de su sangre se mezcló con el de aguardiente y sudor de su esposo y este último reaccionó gritando de júbilo, salió a la calle conforme a la costumbre y esa noche no volvió. El resto de la misma la pasó llorando y añorando ese cuarto tan pobre en el que sus hermanas estarían dormidas.

El matrimonio no le trajo sorpresas, tenía que levantarse a las cuatro de la mañana y salir a conseguir leña, traer agua, alimentar animales, hacer de comer y esperar a su esposo, además de atender la tienda por la tarde. Con ansia, esperaba los fines de semana para ver a sus hermanas y alejarse un poco de la monotonía. Las borracheras de su esposo los domingos se hicieron cada vez más frecuentes, tuvo que salir en las noches a las calles del pueblo para buscarlo y llevarlo a casa.

La primera vez que la golpeó fue un domingo de resurrección, no recuerda la razón sino simplemente que se encontraba ebrio y le contestó algo sin pensar. Ni siquiera recuerda qué le dijo, únicamente un golpe fuerte en su cara, un dolor muy agudo, un sonido tan estruendoso que le retumbó en la cabeza y la dejó sorda. Jamás olvidará ese zumbido en el oído y el sabor de su sangre mezclado con sus lágrimas.

Desde ahí, se hizo costumbre que los fines de semana su esposo buscara cualquier pretexto para golpearla. Aquella pequeña voz interior, que le decía que algo no estaba bien, se había transformado en un grito y a veces, acostada al lado de su esposo, temía que se escucharan sus pensamientos y el fuerte latir de su corazón.

Cuando platicaba con sus amigas casadas se daba cuenta que todas pasaban por lo mismo, le asombraba que esa conducta tan vil fuera socialmente aceptada. Aunque jamás le habían dicho que estaba mal, en el interior de su alma sabía que sí. Las mujeres mayores le decían que no se quejara, que era afortunada ya que Jacinto tenía una tienda y una televisión, aparte de su parcela y animalitos, y que no pasaría hambre jamás.

Un domingo por la noche, después de una buena tunda y que su esposo cayera rendido, pasó por su mente matarlo. Lo vio dormido, indefenso y vulnerable, cruzó por su mente que no le llevaría más de dos segundos pasarle el cuchillo por la garganta, como lo hacen cuando sacrifican a los cerdos. Avergonzada de sus pensamientos se fue a dormir.

Al siguiente día decidió visitar la montaña, pasó toda la mañana ahí y la disfrutó como nunca lo había hecho; por la tarde estuvo con sus hermanas y las besó tanto que ellas se quitaban y le preguntaban qué le pasaba. Al anoecer, tomó un termo de plástico con agua, una tortilla fría con chile, vació el cajón del dinero donde se guardaba la venta del día de la tienda y salió de su casa.

Le pagó doscientos pesos al chofer del camión de la Coca Cola y arregló su viaje a la ciudad más cercana. Subió al vehículo, cerró los ojos, los abrió nuevamente para ver su pueblo por última vez y respiró profundamente, como si pudiera llevarse parte de la esencia del lugar en el que creció. El transporte arrancó y no volteó hacia atrás. Durmió y soñó con su montaña, sus hermanas, padres y con todo lo que dejó.

La ciudad la recibió con un golpe de realidad que no esperaba, con poco dinero en el bolsillo se dirigió al mercado. Había escuchado que ahí se reúnen para el comercio personas de todo el Estado y pensó que algún trabajo encontraría. Le sorprendió ver cómo los güeros se le quedaban viendo y algunos de ellos le hacían comentarios discriminatorios. Algunas cosas no las entendía, pues su español no era muy fluido, pero las palabras transmitían una sensación de burla.

Las primeras noches durmió en el mercado, una marchanta le permitió hacerlo en su local a cambio de que bajara la mercancía del camión cada mañana y

le limpiara el puesto. Comía lo que podía y, poco a poco, se acostumbró al caos y a los gritos de aquel.

Diciembre llegó así como cosas buenas. Hizo muchas amigas en el mercado que la llevaban a conocer la ciudad en sus ratos libres. Supo lo que era salir a divertirse, bailar, cantar y sentirse parte de algo distinto. Amó la ciudad porque le otorgaba un anonimato encantador, podía hacer y deshacer, y a nadie le importaba. Al poco tiempo se acostumbró a uno que otro comentario despectivo hacia su persona, ropa, olor y mirada. Jamás se avergonzó de lo que era. Paulatinamente se dio cuenta que los comentarios cesaron y comenzó a ser parte de ese crisol cultural magnífico que conforma la gente que vive y trabaja en el mercado.

En Navidad, la patrona le hizo un regalo que cambió su vida: una olla de metal cuyos mejores días habían pasado, le faltaba una agarradera de un lado, estaba muy rayada y tenía varias hendiduras, pero eso no le importó, sabía que ese simple pedazo de metal sería la llave para mejorar su vida.

En la fiesta de fin de año del mercado, al llegar las doce de la noche, cerró los ojos y decidió que el siguiente año sería el mejor de su vida. Por primera vez se sintió diferente, percibió una sensación que le recordaba a su adorada montaña... libertad.

Al día siguiente, se levantó muy temprano; compró elotes, queso, crema, mantequilla, chile piquín y limones. Con el paso de los meses había observado cómo los preparaban y decidió que eso iba a hacer. Le fiaron cincuenta vasos de plástico y un paquete de cien cucharas, supo que su momento había llegado. Con la ayuda de Berenice, su mejor amiga, salieron a la calle con un diablito cargando los elotes, la mercancía y, sobre todo, con esa sensación de ligereza que te da la esperanza.

Llegaron a un parque muy concurrido donde se instalaron. Pasaron cinco minutos, diez, quince y veinte hasta que por fin una pareja llegó con ellos. Les sonrió y haciendo gala de su mejor español les ofreció su mercancía. Le compraron dos elotes, uno solo con limón y el otro con todo. Este último era para la

muchacha, quien le sonrió a María y le dijo que mañana iniciaba la dieta, al cabo apenas comenzaba el año. Al preguntarle cuánto era por los dos elotes se dio cuenta que no se habían puesto de acuerdo en el precio, así que por decir algo, le mencionaron que eran veinte pesos, pero el de la muchacha era gratis. Intercambiaron sonrisas y se despidieron. Lo que pasó después fue simplemente sublime. María y Berenice saltaron de alegría, se abrazaron, lloraron juntas y rompieron el billete de veinte pesos que les había dado el joven, prometiendo guardar su mitad por el resto de sus días. Momentos después volvieron a reír, al darse cuenta que habían roto el dinero de su primera venta, pero eso no les importó.

Ese día solo vendieron diez elotes y festejaron a lo grande en una de las taquerías del mercado, invitaron a cenar a la patrona y le contaron sus aventuras. Al día siguiente ya no fueron diez sino veinticinco elotes los vendidos, y al siguiente treinta y siete.

Seis meses después, su puesto de elotes ya era famoso en el parque. Sin embargo, cuando por las noches María pretendía ver las estrellas, un dolor punzante le atacaba al corazón: sus hermanas. Tenía que regresar por ellas y ofrecerles una mejor vida. Se juró trabajar más duro que nunca y pagarles una de esas escuelas en donde todos visten igual y llevarlas a ese lugar donde las historias se cuentan en un lugar oscuro y ruidoso, llamado cine.

Un lunes por la tarde, acompañada de su entrañable Berenice y un año después de haber salido de su pueblo, María regresó. Llevaba consigo diez mil pesos y tan pronto llegó al pueblo se dirigió a la tienda de su esposo. Le entregó los dos mil pesos que pagó a su padre por ella y, sin decirle una palabra, salió de ahí; de lo que tomó para escapar no devolvió ni un solo peso, no lo merecía. Sabía que no tenía por qué haber devuelto ese dinero, no le importó.

Lentamente se dirigió a su casa, se dio cuenta que todo estaba muy cambiado, a pesar de que no fue mucho el tiempo que se ausentó. Con cada paso que daba, los recuerdos de su vida le venían a la mente; a lo lejos, vislumbró la casa de su padre y como si se tratara de la música más hermosa jamás escuchada, percibió las risas de sus hermanas.

Sus padres se encontraban en la vivienda; al entrar, sus hermanas corrieron para abrazarla. Su madre se acercó y no paró de besarla, le dijo que estaba orgullosa de que hubiera decidido marcharse y cambiar su destino, algo que ella jamás tuvo la valentía y el coraje para hacer.

Con lágrimas en los ojos, les dijo a sus hermanas que tomaran sus cosas, que esa misma noche partían para la ciudad. Le dejó a su padre los ocho mil pesos restantes en la mesa, como "pago" por sus hermanas y sintió nostalgia porque en su interior sabía que ese era el último día en que vería a sus padres.

Las tres hermanas salieron de la casa y cuando la menor de ellas quiso voltear, María le dijo que no lo hiciera, que sus destinos estaban adelante, en otro lado, esperando a que ellas lo alcanzaran.

En la terminal de autobuses estaba su amiga Berenice, después de abrazarse todas, subieron en el siguiente camión con rumbo a la ciudad y salieron del pueblo para nunca volver.



La victoria de Victoria

Autor: Silvia IGLESIAS ENTOTE

Victoria Vallejo Gabriel fue una humilde campesina de San Antonio Acahualco, Estado de México. Desde niña vivió en un ambiente familiar muy difícil; su padre se dedicaba al comercio del pulque y debido a eso era bebedor consuetudinario. Su mamá dedicada al hogar, ayudar a su esposo en las labores del campo, así como en la producción del pulque. Victoria y sus hermanos, desde pequeños, tuvieron que ayudar a su papá en la comercialización, siéndoles negada la oportunidad de estudiar.

Cansada de esa situación, a los diez años, Victoria pidió a su padre la oportunidad de estudiar. Su padre aceptó; sin embargo, como en el pueblo no había escuelas fue enviada a un poblado cercano llamado San Juan de las Huertas, donde existía un internado dirigido por monjas donde se impartía educación elemental y algunos talleres artesanales. Así aprendió a leer, escribir, bordar y tejer.

A los diecisiete años, en la plenitud de su adolescencia, regresó a su lugar de origen; después de una golpiza le fue autorizado su matrimonio con Juan, un hombre apuesto de quien ella estaba muy enamorada. Él se dedicaba a cultivar el campo, actividad que a su vez heredó de sus padres. Además, en sus ratos de ocio –que por cierto eran muchos– participaba en un pequeño conjunto musical del cual era vocalista y desempeñaba los oficios de albañilería, así como la manufactura de lápidas.

Ya casada, la situación no mejoró para Victoria debido a que Juan también le gustaba beber mucho y era muy celoso, por lo que fue víctima de violencia intrafamiliar tanto física como psicológica.

Cuando Victoria tenía aproximadamente veinticinco años y cinco hijos, aún era muy bonita y joven, por lo tanto, con frecuencia era golpeada y amenazada a causa de los celos de Juan.

Victoria sufrió también las consecuencias de la afición musical de su esposo, ya que fue objeto de constantes infidelidades y abandono. No obstante, la ignorancia de sus padres y personas mayores de la comunidad, que representaban cierta autoridad para ella, la obligaban a continuar viviendo esa situación.

Al paso del tiempo Victoria, influenciada por su esposo, también se dedicó a beber y Juan, una vez que ella ya también estaba ebria, le recriminaba su conducta, al grado de atarle las trenzas a las pencas de un maguey y golpearla severamente.

Por si esto no fuera suficiente, también sufrió la discriminación de su suegra, quien constantemente la corría a la calle.

Así transcurrió la vida de Victoria a lo largo de cincuenta años de matrimonio, entre golpizas, humillaciones y la crianza de sus hijos, que en total fueron catorce.

El sufrimiento de Victoria no solo fue como hija o esposa, sino también como madre, pues una de sus hijas padeció y falleció de cáncer, y otra más tiene la misma enfermedad.

Cuando Victoria tenía sesenta años, su esposo empezó a sufrir los embates de una cirrosis hepática que había adquirido a consecuencia del consumo de todas las bebidas alcohólicas. Sin embargo, el sufrimiento no solo era para él, pues aun cuando Juan estaba enfermo no dejaba de golpearla, ofenderla y celarla.

Después de cinco años más de pesares para ambos, su esposo falleció. Ante esos acontecimientos su familia política la amenazaba constantemente, pues la culpaban de la muerte y falta de atención médica para él.

Con la muerte de Juan no terminó la violencia para Victoria, ahora psicológica. Padecía pesadillas e incluso alucinaciones, ya que muchas ocasiones, mien-

tras dormía, llegó a percibir la sensación de que le jalaban las cobijas hasta los pies (vaya usted a saber si es cierto, lo cuento tal como ella dijo). Hasta que un buen día, después de tantos años de una vida de violencia y a la edad de casi setenta, se armó de valor, se sentó sobre la cama y comenzó a decir: "ya han sido muchísimos años que me has hecho la vida infeliz; ve al valle de los muertos donde perteneces; jamás fuiste un buen esposo, ni buen padre; déjame vivir tranquila el tiempo que me quede". Jaló las cobijas, se arropó y volvió a quedarse dormida.

A partir de ese día, en el que tuvo el valor para separarse psicológicamente de Juan, nunca regresaron las pesadillas y el rencor que sentía por el hombre que tanto había amado fue disminuyendo, afirmando que nunca permitiría que nadie la volvería a humillar y ofender.

Actualmente Victoria tiene setenta y nueve años, vive sola, se mantiene de la venta de productos del campo (papa, elotes y quelites) así como de los manteles que borda y teje; además de la ayuda económica que le proporciona ocasionalmente alguno de sus hijos.

Ella tuvo que sufrir muchos años de humillaciones, violencia familiar y conyugal hasta la última etapa de su vida, cuando tuvo el valor de afrontar su problemática situación, haciendo a un lado los prejuicios para finalmente romper con tanto dolor y sufrimiento.

Victoria cuenta su historia a cuantas personas la quieran escuchar para, si es posible, ayudar un poco a que no se repitan más casos iguales al suyo.

Existen miles de relatos como el de Victoria en comunidades de nuestro país, en las que tristemente, aunque pasan los años, las mujeres no se atreven a romper el silencio y prevalecen vidas de sufrimientos.

La vida de Samantha

Autor: Ashtabay KIRINA

A manera de prólogo

● Es posible que una persona de tu familia no te quiera desde tu nacimiento y después llegue a sentir un amor incondicional por ti? ¿Es posible que sea al contrario, que te quiera demasiado y luego no sienta nada? No sé la respuesta a la primera pregunta, pero a la segunda sí, porque yo lo viví con mi padre.

Soy la menor de sus hijos y llegué a su vida cuando él no esperaba tener más; en aquel entonces era un hombre maduro, casado por segunda vez con una mujer joven y muy bella, mi madre. Ella siempre me quiso, me protegía de sus gritos, golpes, que me hiciera sentir como si fuera nada, pero a ella le iba peor. Si bien me evitaba cierto dolor y eso la reconfortaba, lo que le lastimaba era que mi padre se refería a mí y a mi hermana, como "la hija de ella".

La verdad, no sé por qué estoy contando esto. No creo que me haga sentir mejor, ya que lo hablé mucho con mi hermana y en su momento con mi mamá; pero las personas dicen que hablar de sus problemas es bueno para dejarlos ir. Desconozco si estos sigan conmigo o ya los enterré, pero si no es así, es mejor hacerlo, ¿o no?

Antes de nacer

Mi papá nació en Oaxaca, fue el primogénito de cuatro hijos de una pareja joven. Como fue el primero decidieron llamarlo Eduardo, como su papá y abuelo. Vivió

en Oaxaca toda su infancia, trabajó desde pequeño en todo lo que podía para ayudar a sus padres.

Desde que yo era pequeña me contaba lo bueno que era en la escuela y cuando terminó la preparatoria se mudó a la Ciudad de México con su novia Maika; el plan era asistir a la universidad, casarse una vez terminada la carrera y vivir felices el resto de sus vidas.

Sin embargo, eso no fue lo que pasó, ya que poco después de iniciar la carrera de contabilidad Maika quedó embarazada y entonces decidieron casarse. Cuando nació mi hermano mayor lo llamaron Eduardo, para seguir con la tradición.

Mi papá y Maika eran muy felices al principio, o al menos eso supuse, porque nunca me habló mucho de ella, pero después algo pasó, no se comprendieron lo suficiente, tenían muchas peleas y llegó un momento en que ya no podían estar de acuerdo en nada, así que finalmente se separaron y mi hermano se fue a vivir con su mamá.

Mi papá decía que cuando conoció a mi mamá se enamoró perdidamente, que la llenaba de elogios a los que no correspondía pero no se rindió, aunque ella tuviera buenas razones para no querer ilusionarse. Ella también era divorciada, con una hija llamada Olivia, pero yo creo que, a diferencia de mi padre, no le había ido tan bien.

Había dos cosas que no supe hasta que fui mayor; una de ellas no me importó, pero la segunda me lastimó profundamente, sobre todo por el daño que mi padre le causó a mi madre durante casi todo su matrimonio.

La primera, desde mi nacimiento me hicieron creer que Olivia era hija biológica de mi padre, cuando me enteré de que no era así, me sorprendí, pero no le di importancia de quién fuera hija Olivia, la consideraba mi hermana; la misma situación que tenía con Eduardo, pero mejor porque había vivido con "Oli". La segunda es que mis padres se comprometieron después de descubrir que mi mamá estaba embarazada de mí.

A mi padre siempre le causó ilusión porque pensó que sería niño, planeaba llamarlo Marcel y tenía todo listo para la llegada: ropa, cuna, cuarto, casi todo de color azul. Aunque terminé siendo Samanta, mi papá fue muy feliz de tenerme. Mi mamá decía que era porque se convirtió en padre con corazón de abuelo, yo lo creí y lo sigo haciendo, lo que no entiendo es por qué cambió tan repentinamente sus actitudes. Para mí todo pasó de la noche a la mañana y la verdad es que no lo sé con certeza, solo tengo presente el momento en el que me di cuenta de que había cambiado conmigo; a partir de entonces empecé a ver claramente muchas otras cosas, que hasta ese momento no tenía presentes.

Su cambio de actitud

Yo tenía nueve años y peleaba mucho con mi hermana mayor. No sé bien por qué lo hicimos ese día, solo recuerdo haberla pateado y, al ver su cara de enojo, salí corriendo, lógicamente, al ser mayor que yo me alcanzó. Mi hermana se me abalanzó, me tiró al suelo y encajó sus uñas en el cuello.

Siempre me escudaba en mi padre, convencida de que reprendería a Olivia. Nunca estaba presente cuando lo hacía, así que no imaginaba que le gritara y la regañara de la manera en la que lo hacía, pero esa vez nos tocó reprimenda a las dos y pude ver cómo era en realidad con ella, cómo sería de ese día en adelante conmigo.

Nos llamó a su recámara, hizo que nos sentáramos en un taburete al pie de su cama. Al principio no dijo nada, parecía estar tranquilo, pensativo, luego manifestó que ya estaba hartó. Fue entonces cuando empezó a gritar, estaba furioso y mi mamá asustada, al igual que Olivia. Yo únicamente un poco sorprendida, segura de que saldría ganando, que no me haría nada, pero me equivoqué.

—¡Ya estoy hasta la coronilla de ustedes dos! ¡No pueden estar en paz! ¡Siempre peleando! ¡Gritando! ¿Cuánto tiempo va a durar?

Se detuvo un momento y le pegó al taburete en el que estábamos sentadas, tan fuerte que lo fisuró.

–¡No quiero seguir viviendo este tipo de situaciones que ustedes provocan!

Yo me enojé cuando dijo eso, estaba segura de que no fue mi culpa. Mi papá, inconscientemente, me había enseñado que yo siempre tenía la razón y en esa ocasión tenía que demostrarlo.

–Esto no es mi culpa, fue ella quien me correteó y me encajó sus uñas en el cuello –repliqué, me detuve un momento y analicé su mirada, era tranquila, supuse que una vez más había ganado.

–Bien –dijo y yo sonreí, sin pensar en lo que venía, se acercó a ella y le dio una cachetada–. Ahí está su castigo –estaba asustada y Olivia lloraba–. Así que ahora vamos a poner una solución, ambas irán a orfanatos separados para que no se peleen y así podré vivir en paz.

Después de eso nos tomó del brazo y nos sacó de su habitación. Desde nuestra recámara pude escuchar cómo le gritaba a mi mamá; a ella nunca le pegaba, pero sé que le dolían más sus palabras de lo que hubieran dolido sus golpes, eso también le causó un trauma.

–Eres una mala madre, tus hijas estarían mejor si no las hubieras educado tú –siempre le decía–. El mayor problema fue que, después de un tiempo, terminó creyéndoselo.

Esa noche Olivia y yo estábamos en nuestro cuarto. Ella lloraba sin parar y se sobaba la mejilla, supongo que en realidad ya no le dolía el golpe sino el hecho de que la abofeteara, aunque yo estaba segura que no era la primera vez.

–Lo ha hecho otras veces, ¿verdad? –le pregunté sentándome en su cama. Ella me miró atentamente y asintió–. ¿Desde siempre? –se quedó pensativa y lo negó–. Entonces, ¿desde cuándo? –le insistí–.

–Desde que tenías cinco –contestó Olivia. Iba a preguntarle por qué nunca me lo dijo, pero ya sabía la respuesta. No quería que me sintiera culpable, trataba de protegerme del monstruo de mi padre.

–No pensé que llegaras a ver el día en que me tratara así, siempre ha cuidado mucho su forma de ser contigo –respiró profundamente y pensó un momento–supongo que quería siempre ser el caballero de armadura brillante de los cuentos que te lee antes de dormir.

–Siempre pensé que también los leía para ti –dije cuando me di cuenta de la segunda intención de su comentario.

–Pensaba que te seguía viendo como esa niña a la que adoptó cuando su padre le dio la espalda –creí que lo había dicho por un momento y me di cuenta de algo, ella ya no era esa niña ni él ese hombre–. Desearía que te siguiera viendo así –yo igual–, pero las cosas no son como antes, no sé por qué cambió, solo sé que lo hizo –se recostó y yo me tiré a su lado, nos miramos a la cara, ella seguía llorando y yo empecé a hacerlo–.

–Te prometo que nunca volveré a ponerte en este tipo de situaciones –aseveré muy segura de mis palabras, ojalá mi voluntad hubiera sido suficiente.

Mi primer golpe

Mi papá era muy temperamental, siempre lo había sido, pero no me di cuenta de cuánto, hasta la primera vez que lo hice enojar tanto como para que pensara que merecía un golpe. No me lo dio esa vez, pero aun así me dolió, porque tenía la intención de hacerlo. En esa ocasión me percaté que dejé de ser su niña, su adoración, pues comenzó a pensar que merecía los golpes tanto como su hijastra.

Nadie se lo esperaba, porque en los dos años después de la primera vez que lo vi golpear a mi hermana, a pesar de que había evitado a toda costa que se enojara con ella por mi culpa, se molestaba por cosas que la veía hacer.

Cuando estaba presente y advertía que le iba a pegar, me colocaba en su camino y lo evitaba; siempre detenía el golpe cuando me veía enfrente de ella, y en su lugar, le daba a un mueble o la pared. Dañaba las cosas y las reemplazaba por nuevas, para que pareciera que nunca sucedió nada, lo único que no podía

quitar eran las hendiduras en el muro, esas quedaron ahí como recordatorios de su incapacidad para controlarse y manejar la ira.

Una noche, todos estábamos contentos, sin pelear en todo el día. A la hora de la comida logramos ser una familia, tener una buena conversación a la mesa, reír un poco con chistes y bromas, convivir. Incluso, cuando llegó la hora de la cena, me ofrecí a preparar quesadillas para todos. Es una ironía cómo la única vez que me ofrecí para hacer algo por los demás todo salió mal y terminamos en un mar de lágrimas, deseando algo diferente.

Estaba preparando las quesadillas, dos para cada quien, todas al mismo tiempo en el comal. Platicábamos como en la tarde, pasando un buen rato, hasta que empezaron a quemarse. Entonces mi papá se empezó a desesperar y a gritarme que hiciera las cosas bien.

A causa de los gritos y el estrés que sentía al saber que estaba haciendo algo mal, comencé a llorar y eso enojó aún más a mi padre. Se levantó de su silla, rodeó la mesa con mirada furiosa, la misma que ponía cuando estaba a punto de golpear a mi hermana. Sabía lo que me venía encima y no me moví; dentro de mí deseaba que me golpeará por lo menos una vez para compensar las veces que había golpeado a mi hermana por mi culpa. Alzó la mano, yo cerré los ojos a la espera del golpe, pero en vez de eso escuché a mi hermana llorar, y cuando los abrí vi que Olivia estaba frente a él como lo había estado yo otras veces, para evitar que la golpeará. Eso me molestó, porque a pesar de todo, de que ella también pensaba muy dentro de sí que lo merecía, me defendió.

Mi mamá empezó a llorar también y nos abrazó a ambas. Mi papá se enojó al vernos a todas llorando y salió de la casa. No sabemos adónde fue, pero no regresó hasta la mañana siguiente. Creo que esa fue una de las pocas veces que dormimos tranquilamente; aunque fue de las últimas, porque sabíamos que ya no existirían consideraciones, si era capaz de pegarme, era capaz de todo.

La pérdida del amor

Definitivamente las cosas nunca mejoraron, poco después del incidente de las quesadillas encontré un demonio disfrazado de ángel y, lo peor de todo, la pérdida del amor.

Todos los insultos que mi papá le había hecho a mi mamá llegaron a ella, y la realidad era que nadie, aparte de sus hermanos, sabía lo delicada que era. Siempre aparentaba tanta fuerza, que llegué a pensar que era invencible, pero me equivoqué y al dar por sentadas ciertas cosas, perdí a mi más grande guardiana.

Un día, Olivia y yo regresamos a la casa después de la escuela, pero no encontramos los cariñosos brazos de mamá como normalmente sucedía. En la puerta había una cantidad asombrosa de policías, mi papá estaba hablando con ellos, más bien gritándoles. No supe bien qué les decía porque comencé a sentirme mal. Me zumbaban los oídos, todo me daba vueltas; eso, después de escuchar el nombre de mi mamá seguido de la palabra "muerta".

El mundo de todos se derrumbó después. El de mi papá también y de una forma peor que la nuestra; nos golpeaba y rompía todo lo que encontraba en la casa. Llegó un momento en que yo tampoco lo soporté; con una navaja o una vena rota todo mi sufrimiento se hubiera ido, pero implicaba dejar a Olivia sola y eso era algo que no podía hacer, no después de todo lo que había hecho por mí, no podía dejarle todos los golpes de papá y los insultos, así que decidí recibirlos con ella, aguantar con ella todo lo que viniera, porque juntas podríamos más y juntas lo pudimos todo.

Estábamos convencidas que así estábamos bien, que no necesitábamos la ayuda de nadie, siempre sería así; por suerte para nosotras la evidencia, al final, fue demasiada y los servicios sociales fueron capaces de actuar en contra de mi padre. Olivia y yo estábamos muertas de miedo, pensábamos que terminaríamos yendo a ese orfanato al que nuestro padre había amenazado enviarnos años atrás.

Por fortuna nada de eso pasó; por la falta de padres y abuelos que nos cuidaran, nos enviaron con el más calificado de mis tíos, Fernando, quien tenía otros cuatro hijos, uno de la edad de Olivia, otro de mi edad y los gemelos de cinco años.

Crecimos mucho como familia, y aun cuando mi padre salió de prisión, estuvo solo. Mi tío Fernando pidió una orden de restricción, para no volver a acercarse a nosotras, y lo mejor de todo fue que nadie volvió a pensar en él...Hasta el día que recibimos la llamada de un hospital.

El final siempre llega

Sin importar todo el daño que nos hizo, era nuestro padre, incluso el de Olivia, pues la adoptó cuando en realidad no tenía ninguna obligación y tuvimos momentos buenos con él, es cierto que se esfumaron poco a poco, pero aun así, los vivimos y estarán siempre en nuestra memoria.

No queríamos hacerle un funeral, así que esperamos que lo organizara alguno de sus hermanos o de sus amigos, pero nadie quiso. Finalmente no lo tuvo, hicieron una misa y nos entregaron las cenizas, pero no supimos qué hacer con ellas. Ignoré lo qué deambulaba por la cabeza de mi hermana en esos momentos, pero en la mía todo lo que había era cada uno de los golpes que nos dio, cada vez que nos gritó, que insultó a mi mamá, en ese entonces no me importaban las razones que haya tenido, pero ahora que estoy metiéndome en sus zapatos, quiero entenderlo, y después de analizar absolutamente todo, tengo la respuesta.

No hizo amigos en toda su vida, no supo llegar al corazón de sus hermanos ni de sus hijos; y esto le daba miedo, que Olivia y yo nos alejáramos de él como también lo hizo Eduardo, así que nos retuvo por la fuerza, haciéndose el duro, asustándonos, hasta que lo encarcelaron por violencia intrafamiliar.

Muchas personas temen ser como sus padres fueron con sus hijos, pero a mí no, porque tengo la experiencia de lo vivido y sufrido, así como la conciencia de lo que debo evitar para no repetir la trágica vida de mi padre. Tengo amigos que él no tuvo, que se preocuparon tanto por mí como para ayudar a meter a mi abusivo padre a la cárcel; un esposo que me ama y no me teme, y pronto tendré un hijo a quien cuidaré de la mejor manera posible, mejor de lo que él alguna vez me cuidó.

Aunque no me guste admitirlo, mi padre me enseñó muchísimas cosas con sus actitudes, que me mantuvieron cerca de mi hermana por años, que nos hacen inseparables hoy en día.

Sé que no terminaré sola y que no seré como él, pero no puedo evitar quererlo por todo lo bueno que también me dio. Así que, en donde quiera que esté, siempre en las noches lo tengo en mis recuerdos.



Relatos sobre discriminación

Autor: Julieta del Carmen CASTRO FIGUEROA

Por la invitación a relatar diversos casos de discriminación y con el afán de hacer notar la aún existente en nuestro país, para efectos de plasmar donde estamos ubicados y cuánto trabajo nos falta por realizar, a continuación se describen breves fragmentos de situaciones en las cuales ocurre, sin lugar a dudas. Sí, en pleno 2016, la discriminación todavía está presente en diversos lugares y circunstancias.

Los seres humanos tienen la cualidad intrínseca de observar, analizar, responder a ese análisis y generar una instantánea crítica. Unas positivas, otras negativas, en las cuales las palabras sobran y los valores faltan, o al menos eso es lo que se asoma de esta sociedad, que olímpicamente reprende el hacer y el no hacer, sin considerar o valorar los motivos o circunstancias por los cuales se actuó de tal manera.

En un ambiente laboral, familiar o educativo las mujeres somos blanco de discriminación, en situaciones que día con día ocurren y, de forma natural, las personas consentimos, porque así estamos acostumbradas y educadas. Esto impacta en nuestra formación de casa, muchas veces en perjuicio propio, sin juzgar a nuestros padres o a quienes nos han instruido, ya que ellos recibieron esta misma información que poco a poco hemos ido modificando.

Las mujeres hemos conquistado y ganado un lugar mejor posicionado en esta sociedad, que solo ocupaban los hombres, con esfuerzos, luchas y críticas constantes a cuestas. Hemos logrado, poco a poco, pero con paso firme, recorrer terrenos novedosos para nosotras, que nos han atraído hasta sujetarnos y mantenernos cautivas, no sé si para siempre, pero sí hasta el día de hoy.

1.- En áreas de trabajo, donde la belleza física te brinda más oportunidad de crecimiento profesional, se hace evidente que existe la discriminación, ya que muchas veces no se valoran las capacidades y aptitudes para obtener determinado puesto.

2.- También, en el ambiente laboral, en el que generalmente la mitad de los integrantes son personas del sexo femenino, se tratan temas de conversación como la menopausia de las mujeres y los estragos, casi catastróficos, que generan en la vida marital; la cual se aconseja, de forma pública y enfática, evitarla a toda costa, sin el mínimo tacto o respeto por el personal femenino que integra la oficina. Cuestiones que se acompañan de otros comentarios y expresiones que, si bien no quitan el sueño a nadie, resultan incómodos y salen del contexto meramente profesional que se debe respirar en las instituciones públicas o privadas porque, ¿acaso no es lo que demandan todos los que reciben alguna atención y/o servicio?: respeto, calidez, propiedad, etcétera.

3.- En la institución base de nuestra sociedad, "la familia", los casos en los que una infidelidad practicada por un hombre o una mujer resultan evaluados, criticados y sancionados socialmente de forma distinta, cuando se trata de la misma práctica.

4.- Ahora, en el ambiente educativo, que conlleva un proceso de selección porque no se tiene la capacidad para brindar de forma igualitaria a toda la población que desea estudiar en un nivel medio superior y superior, existe discriminación. No sólo para mujeres, sino también para hombres que desean estudiar y no pueden tener acceso a la educación gratuita por no ser suficiente su oferta. Si además agregamos el hecho de que algunos catedráticos, con vasta experiencia, realizan comentarios como: ¿Para qué quiere su título universitario señorita, para colgarlo en la cocina?, tan discriminatorios como lo anterior, forman parte de las aulas en plena época "moderna", en la que se procura casi como tema de moda la inclusión, el respeto y surgen diversos movimientos para promover la no discriminación.

5.- Otra descripción de una situación de discriminación, que es letal, se encuentra en la desnutrición que sufren ciertos grupos marginados en nuestro país, ya sea en comunidades indígenas, rurales o de difícil acceso, en los cuales se prioriza de forma casi burlesca el proporcionarles acceso a la tecnología (con equipos de cómputo y redes), en lugar de proporcionarles elementos de la canasta básica para que puedan obtener una mejor alimentación. Situación que es una necesidad básica e impacta directamente el desarrollo físico y mental, limitándoles su derecho a desarrollarse de forma integral como individuos y personas que están en una sociedad, que debieran tener un respaldo de la misma para satisfacer sus necesidades básicas y así México pueda llegar a ser un país humanitario, igualitario y, por consecuencia, justo.

Queda claro que aún existen y son palpables diversos ejemplos, por tanto es conveniente realizar, entre cada individuo y grupo social, un reacomodo de prioridades tanto para las personas, los diversos modelos de familias que integran la sociedad y el "gobierno", siendo todos conscientes de formar mejores ciudadanos para obtener la recompensa de integrar un mejor país.

La comunicación existe, la conciencia existe, pero la crítica por sí misma, sin ser constructiva ni propositiva no sirve ni funciona, tampoco da resultados y no ayuda, ya que las palabras por sí solas no cambian situaciones de discriminación. Olvidemos el romanticismo de la escritura, que es maravillosa, y ocupémonos de lo más difícil, realizar acciones que impacten de forma positiva en nuestras familias, círculos de amistades, escuelas y lugares de trabajo; dejemos las malas prácticas y rompamos paradigmas, el México y el universo que habitamos lo demandan día con día.

The background features two decorative white curved lines. The upper line is a long, thin arc that starts on the left and curves towards the right. The lower line is a shorter, thicker arc that also starts on the left and curves towards the right, positioned below the first line.

Un grito en el silencio

Autor: Anónimo

● Hola! Te quiero compartir mi historia; tal vez no toda, pero sí el punto donde esta se convierte en la peor de mis pesadillas.

A inicios de año, pedí el divorcio a mi aún esposo, verdaderamente me sentí liberada (bueno, eso creía). Él empezó a amenazarme; decía que si lo demandaba o veía un abogado nos íbamos a ir a un juicio de tres a cuatro años; que si se enteraba, le estaba declarando la guerra y que me atuviera a las consecuencias.

También me señaló que mi coche y los otros vehículos –según él– ya los había vendido, y por lo tanto yo cometía un delito al conducir un auto que ya no era mío; que la casa era solo de él y de mi hija; que ya había dado órdenes en su trabajo para que negaran que percibía ingresos, por si quería cobrarle pensión; que ya no me iba a depositar para el gasto de la casa, etcétera.

Con el paso del tiempo hizo efectivas sus amenazas. Dejó de darme el gasto y la convivencia en casa ya no era cordial. Yo siempre trataba de aparentar que todo seguía igual ante mi hija, aunque ella me viera llorar, yo le aseguraba que me dolía la cabeza cuando preguntaba.

Su violencia era sutil, porque no dejaba marcas o huellas a la vista, hasta que un día me mandó unas fotos intimidatorias a mi celular, con la amenaza de que él me iba a poner en mi lugar. Cabe mencionar que ya había interpuesto mi demanda de divorcio, así que mi abogado me pidió que presentara denuncia por violencia ante el Ministerio Público y así lo hice. A él lo aperciben que no podía acercarse a mí o insultarme; en respuesta, él levantó una denuncia por violencia infantil hacia mi hija (es inaudito, increíble empezar a vivir esto) y se la llevó con su abuela.

Así empezaba mi pesadilla. Hallarse con el terror de que si había sido capaz de llevarse a mi hija, podría hacerme mucho más. Permanecer encerrada en casa y tener miedo que enviara a alguien para hacerme daño.

En la Fiscalía del Menor me dijeron: "señora, tenga mucha paciencia porque esto es largo". No entendía a qué se refería, ahora lo sé. Son procesos dilatados, de dimes y diretes, se presentan pruebas; en fin, el tiempo también se vuelve violento, porque ante todo está mi dolor de no tener a mi hija, llegar a casa y ver que me quedé sin familia, sin mi hogar, ver la habitación de mi hija vacía. Llorar era el único recurso que mi alma podía hacer; si la leyenda de la llorona existió, entendía cuál era el dolor de perder un hijo. Después de seis meses (así es, seis largos meses, se logró notificar mi demanda de divorcio al padre de mi hija).

¡Ah! Se me olvidaba mencionar que él ya había interpuesto una demanda de divorcio en mayo y luego otra en junio; me imagino que la primera no le convino y por eso metió la segunda.

Respecto a mi denuncia por violencia familiar, el proceso es también muy tardado. En la Fiscalía de lo Familiar me indican que, como no hay marcas de la violencia física es más difícil comprobar que él me ha violentado. En mi peritaje psicológico hecho por el CAVI (Centro de Apoyo a la Violencia Intrafamiliar), la conclusión del psicólogo fue que no hay afectación psico-emocional derivada de los hechos denunciados, toda vez que de acuerdo a los estudios realizados, soy una persona resiliente, con recursos para sobreponerme a la adversidad. Esto es inaudito; el estereotipo de una víctima de violencia es aquella que llega con huellas de maltrato en el cuerpo, con el rímel corrido de tanto llorar, desarreglada, de clase baja; porque si no llegas así, entonces no hay afectación pero, ¿qué hay de la violencia económica, patrimonial, emocional, etc.? Esas no dejan marcas físicas, que son las que el Ministerio Público necesita para concluir que existe violencia. Entonces, ¿para qué hay una Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida libre de Violencia?

Encontré ayuda gracias a la Magistrada Mosri, quien me canalizó al Centro de Ayuda para la Mujer (CAM). Ahí están llevando los trámites de mi divorcio y estoy en terapia psicológica. Son especialistas en violencia y me han hecho ver la que he vivido sutilmente durante mi matrimonio, cómo poco a poco se bajaron mis defensas psico-emocionales, hasta ser una víctima. Es un miedo que te paraliza y no te deja mover, actuar, irrita y cansa. Las circunstancias me han llevado a dejar de ser fuerte para fortalecerme, porque entendí que hacerme fuerte solo era vivir aguantando el dolor.

Ironías de la vida, trabajo en una institución donde se imparte justicia, que es la que clamo. Mi grito es en silencio porque no encuentro empatía por mi situación, no veo la justicia y –como dije– el tiempo se convierte en generador de violencia. No sé si está bien decirlo, pero la justicia se convierte en cómplice del agresor; ya que el no actuar en su momento permitió que el padre de mi hija siguiera generando violencia. Su estrategia fue manipularme a través de mi hija y darme lo que él quisiera en cuanto a la repartición de bienes, con la condición de regresarme a mi hija; lo cual casi logra. En su momento no me importaba que se quedara con todo, únicamente que me regresara a mi hija.

Han pasado cinco meses desde que él se llevó a mi hija y no hay día que no llore por ella. Quisiera tenerla y decirle que me hace falta su calor, cuanto la amo; sentir sus abrazos, escuchar su voz. Pensar en ella es solo sentir amor; decirle que estoy de pie para luchar por ella, porque tiene que regresar a mí. Creo en Dios, mi fe y esperanza están puestas en él, quien va a actuar a través de alguien para que me ayude y mi hija regrese conmigo.

Ahora pregunto, ¿sabes tú quién me va a reponer el tiempo que no he estado con mi hija? La manera como su padre la está violentando también, ya que en la terapia me han explicado que yo soy víctima directa y mi hija es indirecta. Siento impotencia al pensar de qué manera a mi hija le están envenenando su ser en contra mía, cuando es una niña de siete años que exclusivamente debe vivir en

inocencia; ella declaró en la denuncia por violencia infantil que por su culpa sus padres se habían divorciado. Un niño de esa edad no conoce los términos de un "divorcio"; en la escuela les enseñan el concepto de "familia", "unión" e "integración en la familia" y saber que mi hija se culpa y no hay alguien alrededor que le quite ese peso me llena de mucha tristeza, indignación y lágrimas, porque mi chiquita carga con un sentimiento que no le corresponde.

Hoy en día tengo la demanda de divorcio en los juzgados familiares, con dos denuncias por violencia en la PGJ (Procuraduría General de Justicia) y todos los procesos son lentos. Sé que puedo contar más cosas que he vivido en estos meses, pero preferí relatar lo más sustancial.

Finalmente, puedo decir que mi grito es en silencio porque la justicia no me escucha, por más que grito no me escucha.



Una historia sin fin

Autor: Anónimo

Había una vez una chica, digo chica porque tenía escasos dieciocho años, dedicada al estudio, hacer deporte, le gustaba la natación, la gimnasia, el vóleibol, lo cual decía mucho de su personalidad. Era muy inocente, incluso ella pensaba que con un beso quedaría embarazada; pues como ven, su vida era muy simple, de la escuela a la casa y de la casa a la escuela.

Un día conoció a un muchacho, más o menos de su edad, se entusiasmó, enamoró y creyó en él. Este tipo, porque no se le puede nombrar de otra forma, la engatusó y cayó en sus redes... ¡se embarazó!

Cuando le informó a la familia, empezó a llegar información del tipo, la gente que lo conocía decía que no permitieran que se casara con él. Sin embargo, ella por el temor al qué dirán, luchó y luchó hasta que se casó.

Al principio todo fue dulzura y felicidad. Una vez que nació el primer hijo empezó su viacrucis, pues el tipo comenzó a golpearla por cualquier motivo. La familia intervino varias veces pero ella, por miedo, lo encubría diciendo que se había accidentado.

Una vez, él llegó borracho, la empezó a golpear, no importándole que estuviera embarazada y los daños que esa golpiza podría causarle. En el hospital, los médicos no la atendieron como era necesario y la cesárea se infectó, por lo que tuvieron que practicarle una segunda operación; esta vez para extirparle la matriz y los ovarios. Esto no terminó ahí; la suegra fue a visitarla y, una vez que se enteró de esta operación, empezó a hostigarla diciéndole que su hijo tenía que buscar otra mujer, pues ella ya estaba vacía, ¡ya no era hembra para su macho!

No obstante, siguió viviendo con él tres años más. En otra ocasión, de nuevo alcoholizado, la jaloneó pidiéndole dinero, sin embargo ella no tenía, puesto que no la dejaba trabajar; por lo que, sin importar que fueran las once de la noche, la sacó a la calle exigiéndole que le pagara lo que había gastado en la ropa obsequiada con motivo del diez de mayo, que necesitaba ese dinero. Además, le dijo que solo le había comprado la ropa a ella y a sus hijos para que su familia viera que cumplía, y que la llevaría con sus amigos para que se acostara con ellos y recuperar su inversión.

Ella, horrorizada, corrió hasta la casa de sus padres para que la auxiliaran. Una vez con ellos, confesó todo y pidió que la ayudaran porque ya no quería más esa situación. Al día siguiente, su cuñada le avisó que él había salido, era su oportunidad para ir por los niños y esconderse, para que no la encontrara y la dejara en paz. La familia, al ver esto, la apoyó y enviaron a otro Estado, salvando así su integridad como mujer y a los niños de la mala influencia del padre.

Ahora, al paso de más de 20 años, él tiene contacto con los hijos. Ellos no permitieron que su madre se divorciara, que rehiciera su vida. A su padre lo mantienen, lo ayudan porque está enfermo de diabetes. No hacen lo mismo por su madre, claro, aun cuando ella trabaja.

El padre insiste en que quiere regresar a vivir con ella. Por supuesto, ella no lo quiere ni ver. Aunque dice que mejor no se divorcia pues, como están las leyes, va a tener que mantenerlo.

Es así como muchas de nosotras preferimos seguir atadas a ese entorno, pues la ley es contradictoria, con muchas lagunas. Cada quien las acomoda a su conveniencia.
